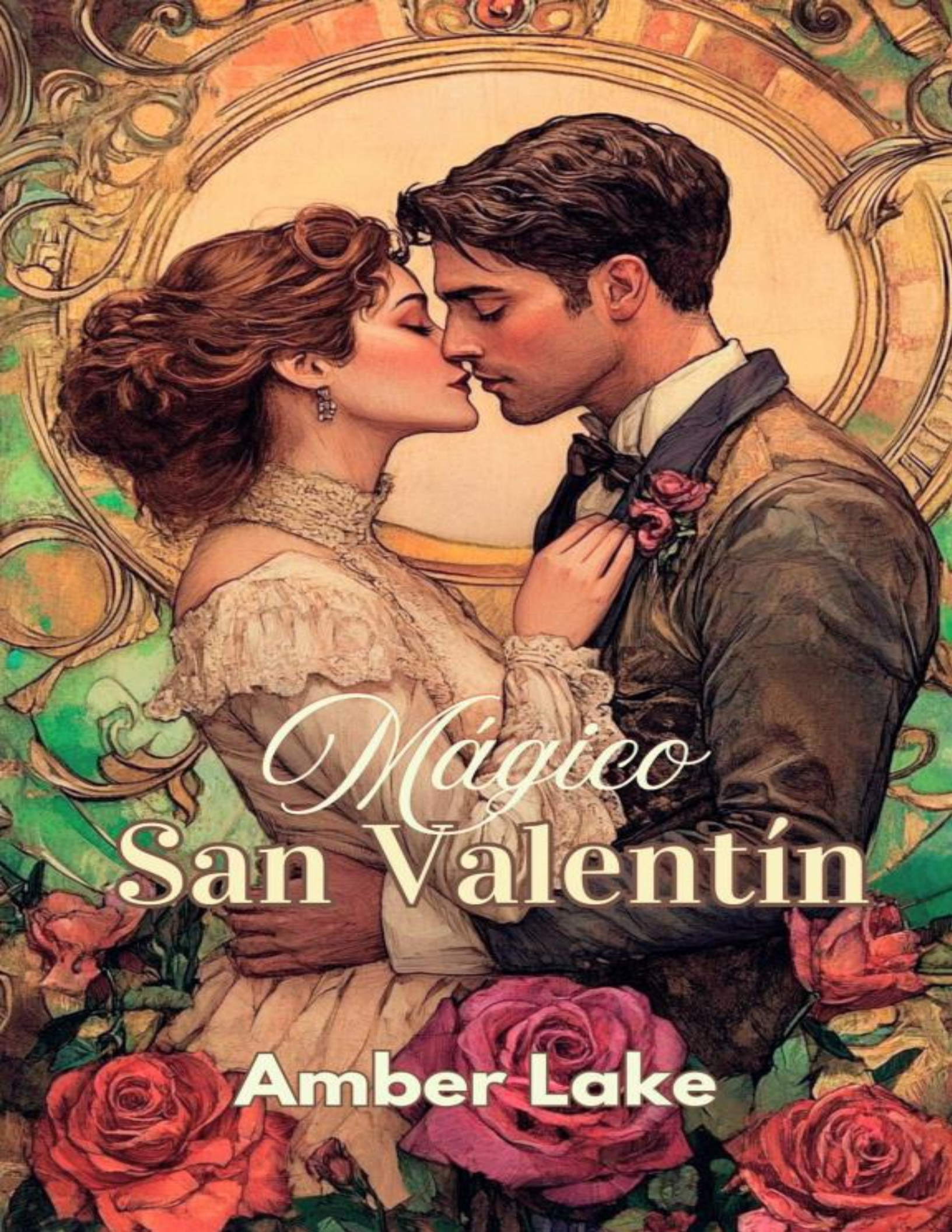

Mágico
San Valentín
Amber Lake

Mágico San Valentín

AMBER LAKE



Título: Mágico San Valentín
© 2024 Josefa Fuensanta Vidal Gómez
© Imagen de portada: Nicholas Panek
© Edición y maquetación: J. F. Vidal
Todos los derechos reservados. Obra inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas, hechos, situaciones o negocios reales son mera coincidencia.

Gracias por comprar esta obra.

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA
BIOGRAFÍA Y OBRAS

Para todos aquellos que creen en la magia del amor.

De San Valentino
la fiesta es mañana.
Yo, niña amorosa,
al toque del alba
iré a que me veas
desde tu ventana,
para que la suerte
dichosa me caiga.
Hamlet (extracto*)*. William Shakespeare

1

Portsmouth. 14 de febrero de 1818.

—Vamos, perezosa, tienes que levantarte.

Jocelyn se despertó sobresaltada por el enérgico zarandeo y la contundente orden. Levantó la cabeza y, con los ojos cargados de sueño, descubrió a su hermana, que se ocupaba de encender varias lámparas para iluminar la oscura habitación. Un rápido vistazo al reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea le confirmó lo que sospechaba: pasaban unos minutos de las cuatro de la madrugada.

—Déjalo, Emma, no pienso prolongar estos desatinos. Ya me he prestado a suficientes en los últimos días —protestó Jocelyn con fastidio. No podía creer que pretendiese continuar con sus extravagantes supersticiones.

Volvió a taparse con las mantas y rogó para que Emma desistiese de su obsesión; no obstante, y sabiendo lo terca que era, tenía pocas esperanzas de que el milagro sucediera.

No tenía el menor interés en levantarse de madrugada para apostarse en la ventana, y menos con la descabellada intención de esperar a que un caballero pasase por debajo. Por mucho que la tradición predijese que ese iba a ser su esposo antes de que acabase el año, ella no le concedía el menor crédito y pensaba que era una fantasía absurda.

¿Alguien podría creer que algo así era posible? Emma sí, al igual que otras muchas afirmaciones sobre san Valentín y su capacidad para emparejar a enamorados que se había encargado de recopilar y poner en práctica, como la de dormir con hojas de laurel esparcidas por la almohada.

En un principio, a Jocelyn le pareció un capricho inofensivo y hasta saludable y no se negó. Lo malo fue que, al día siguiente, dichas hojas aparecieron enredadas en su cabello y pegadas a las mejillas, dejando en ellas unas antiestéticas marcas que, afortunadamente, desaparecieron en pocas horas. Según la sabiduría popular, que ella cuestionaba, con ese sortilegio vería a su futuro esposo durante el sueño; algo que no podía determinar ya que, y pese a la incomodidad, había dormido toda la noche como un tronco y no recordaba ninguno de sus sueños, si es que los había tenido.

Y ese no era el único encantamiento que su hermana se había empeñado en realizar para intentar conseguirle un esposo. La había obligado a escribir una decena de nombres masculinos en trocitos de papel —los que le gustaría que llevase su futuro marido— que había ido enrollando en barras de arcilla para sumergirlas en un cuenco con agua. Según una antigua creencia, que Emma había leído en algún libro, el primer papel en subir a la superficie revelaría el nombre de su verdadero amor.

Tras repetir la operación en tres ocasiones y salir en cada una un nombre distinto, surgieron varias dudas: o su verdadero amor tenía tres nombres —algo poco usual mas no imposible—, o iba a enamorarse de tres hombres diferentes —lo que le acarrearía muchos problemas—, o se trataba de otra patraña de las muchas que circulaban en torno a ese portentoso santo; Jocelyn apostaba por lo último.

Y debía de dar gracias de no vivir en Derbyshire. Allí, en la medianoche del 14 de febrero, las jóvenes solteras daban doce vueltas a la iglesia del lugar repitiendo alguna tonta letanía para atraer la bendición de san Valentín.

Jocelyn se repetía que, de haber sospechado que se vería sometida a tales bobadas, habría dejado la visita para después de esa fecha. Quería mucho a su hermana mayor. Emma la había cuidado desde niña y aún seguía preocupándose por su bienestar; por ello no deseaba privarla de

la ilusión de verla casada, que era una de las razones de aquella visita, y había soportado estoicamente las iniciativas que proponía… hasta ahora.

Lo que Emma quería llevar a cabo en ese momento le parecía el colmo del despropósito y se resistía a apoyarlo. Estaba cansada de estúpidas tradiciones. Ella era una mujer juiciosa y no creía en profecías.

Emma ignoró las protestas de Jocelyn y se dirigió a la ventana para descorrer las gruesas cortinas que la ocultaban. La noche aún era cerrada y solo la luz de algunos candiles rompía la negrura del exterior. A continuación, fue hacia el lecho y retiró las mantas que lo cubrían.

—No te hagas la remolona. ¿Acaso crees que tu futuro marido esperará a que decidas levantarte bien entrada la mañana?

Jocelyn emitió un resoplido poco elegante e intentó volver a cubrirse. No tuvo la oportunidad; Emma había puesto las mantas fuera de su alcance y le fue imposible hacerlo. Con un suspiro de resignación, y antes de coger un resfriado, se levantó y se puso la abrigada bata de gruesa lana sobre el fino camisón de batista. Por suerte, su hermana había avivado el fuego de la chimenea, lo que aportaba un agradable calor a la estancia.

Siempre se había preguntado cómo podían ser tan diferentes teniendo los mismos progenitores. Emma era vehemente, fantasiosa y propensa a meterse en la vida de los demás. Ella era más realista, prudente y comedida, como su padre.

También las grandes diferencias entre ellas se mostraban en su aspecto físico. Emma era de baja estatura y muy delgada. Aunque le llevaba cuatro años, parecía una jovencita a su lado, con el redondo rostro de mejillas sonrosadas, los claros ojos de un limpio azul y una boca pequeña de labios finos. La rubia cabellera, que solía llevar peinada en altos recogidos con algunos rizos adornando su amplia frente, aumentaba su belleza. Todos le decían que era muy parecida a Eleonora, su madre, a la que Jocelyn apenas recordaba ya que tenía tres años cuando murió.

Jocelyn, en cambio, era alta y atlética, con el cabello cobrizo heredado de su abuela paterna, oriunda de las altas tierras escocesas, y una fuerte mandíbula que denotaba firmeza y decisión.

—¿Pretendes lesionarte la espalda, Emma? —la recriminó Jocelyn con aspereza, al advertir que intentaba trasladar de lugar un pesado sillón que había frente a la chimenea.

—Quiero colocarlo junto a la ventana para que tengas una buena visión del exterior.

Consciente de que no podría hacerla cambiar de opinión, Jocelyn volvió a bufar y, resignada, la ayudó a colocar el voluminoso mueble en el lugar que Emma deseaba y se acercó al tocador. Pasó el cepillo de suaves cerdas por la larga cabellera de abundantes rizos, que armonizaban con el castaño dorado de sus ojos, y la dejó suelta; por último, fue al aguamanil para lavarse la cara. El agua fría ahuyentó los últimos rastros de sueño y se sintió más animada. ¿Por qué no secundar ese nuevo desvarío de su hermana?, se dijo. No perjudicaba a nadie y haría feliz a una de las dos personas que más quería.

Emma siempre la había querido y cuidado. Era apenas una niña cuando tuvo que hacerse cargo de su pequeña hermana al morir la madre de ambas. Salieron adelante con la inestimable ayuda de Anne, la sirvienta que su padre contrató al enfermar su esposa, y de la señora Grayling, vecina y amiga de sus padres, ya que no tenían parientes cerca que las cuidaran y su padre no era capaz de hacerlo solo.

Nathaniel Hewett era veterinario formado en el Veterinary College de Londres y, tras establecerse en Westbury, en el condado de Wiltshire, la ciudad en la que había nacido, atendía a las granjas de la comarca, al igual que había hecho su padre durante muchos años.

El valle del Avon y la llanura de Salisbury eran tierras fértiles y con un clima benigno en la que se criaban ovejas que proporcionaban lana para los numerosos telares de la zona y, en los

últimos años, para la creciente industria textil en ciudades como Manchester, Liverpool o Sheffield. Los tejidos de fina lana que en ellos se confeccionaban eran muy apreciados, así como los talleres de curtido, donde se fabricaban guantes y otras prendas de piel.

Jocelyn era feliz acompañando a su padre en sus visitas a los ganaderos o atendiendo a los clientes en la pequeña clínica instalada en su propia casa y no entraba en sus planes inmediatos cambiar de vida; y menos, para casarse con un marino como Emma pretendía.

Había vivido de cerca la angustia de su hermana durante los años que Jonathan, su esposo, permaneció embarcado y luchando contra el enemigo francés; angustia que no disminuyó hasta que él consiguió un puesto de cirujano en el hospital. Jocelyn no deseaba pasar por el mismo trance ni aún en tiempo de paz como el que ahora disfrutaban.

Si acababa casándose con un marino, tendría que trasladarse a vivir a Portsmouth o a cualquier otro puerto marítimo al que fuese destinado, lo que supondría abandonar Westbury y la vida que llevaba allí, junto a su padre y en un entorno que conocía. Le satisfacía lo que estaba haciendo. Sabía que nunca podría ejercer la profesión de veterinaria, en la que su padre la había instruido y que desempeñaba con soltura, aunque sí ayudar en lo que pudiera a sus vecinos con los conocimientos adquiridos.

Su sueño era tener su propio criadero de caballos. Podría realizarlo si accedía a casarse con Gilbert Drummond, como le había propuesto en varias ocasiones, pero eso implicaba compartir la vida con un hombre que le doblaba la edad y por el que no sentía ni un ápice de simpatía. Prefería renunciar a sus sueños si estos la sentenciaban a una vida infeliz.

—Enviaré a Mary con una tetera bien llena y galletas para que la espera te sea más agradable —propuso Emma animosa al observar la buena disposición de su hermana.

—Gracias; no me apetece tomar nada. Esperaré al desayuno.

—Te resultará muy aburrido, Jocelyn; quedan más de dos horas para que el sol salga y la calle se llene de transeúntes —le advirtió.

—No te preocupes; me entretendré leyendo. Ve a acostarte. Yo puede que lo haga cuando amanezca; para entonces, confío en que mi enamorado se haya dignado pasar por debajo de la ventana.

Emma soltó una risita y le dirigió a Jocelyn una mirada chispeante. Conocía el sentido del humor de su hermana, ingenioso y mordaz en ocasiones, que ella sabía sortear con destreza.

—Buena idea. Mañana será un día agitado y debes estar descansada. Recuerda que tenemos que pasar por el taller de la modista para recoger los vestidos y prepararnos para acudir al Royal Naval College —señaló con optimismo.

El baile de esa noche era el acontecimiento más importante que se celebraba en Portsmouth durante esas fechas, y al que asistían la mayoría de oficiales que se encontraban en la ciudad. Emma confiaba en que hubiese suficientes solteros con ganas de comprometerse para que su hermana encontrara alguno de su agrado. Los bailes y reuniones solían ser escasos en aquella pequeña ciudad, en la que gran parte de la población eran marinos que pasaban meses ausentes, por lo que las pocas celebraciones eran recibidas con entusiasmo.

Emma regresó a su cuarto con la intención de descansar unas horas y Jocelyn se apostó junto a la ventana donde, y según la promesa hecha a su hermana, permanecería hasta que su futuro esposo se dignase pasar bajo ella.

2

El brusco frenazo del carruaje sacó a Oliver de su improvisado sueño. Maldijo y movió el cuello para desentumecer los músculos engarrotados por la mala postura. Cuando comprobó que estaban parados, abrió la ventanilla y preguntó al cochero.

—¿Qué ocurre, Garson?

Antes de responder, el hombre se bajó la bufanda con la que cubría la mitad inferior del rostro para mitigar las bajas temperaturas de la noche invernal.

—Hay un obstáculo que nos impide avanzar, capitán Westley. Un carro con carbón se ha desfondado y ha esparcido su carga por la calzada. ¿Quiere que dé la vuelta y tome otro camino? —preguntó con esfuerzo. Apenas podía sujetar a los dos fogosos corceles que cabriolaban impacientes por continuar su galopada por las desiertas calles nocturnas.

—Esperemos un poco. Tal vez no tarden en retirarlo —respondió Oliver irritado, y cerró la ventanilla por la que se colaba el frío del exterior.

Volvió a maldecir. ¿Cómo había sido tan necio de dejarse embaucar por Justin y acompañarlo a aquel tugurio maloliente al que lo había llevado?, se preguntó. Esa no era su forma habitual de divertirse, y menos si acababa desplumado. No eran las diez libras que había perdido en las mesas de juego lo que más le molestaba sino el dolor de cabeza que le había provocado el infame brebaje ingerido, y que no tenía nada que ver con el *brandy* que esperaba encontrar en la botella. Y lo peor era que apenas tendría tiempo de dormir unas horas antes de acompañar a su madre en la cabalgada matutina que solía hacer a primera hora de la mañana.

Desde que William, su hermano mayor, había fallecido durante la batalla de Quatre Bras, el 16 de junio de 1815, pocos días antes de que Napoleón Bonaparte fuera vencido en la batalla de Waterloo, la tristeza impregnaba el ánimo de su madre; tristeza que intentaba disimular sin éxito. Por ello, cuando Oliver estaba en puerto, procuraba acompañarla y distraerla. A su padre le había afectado igualmente, aunque como militar, era consciente del riesgo que conllevaba la profesión de marino y había aceptado la pérdida de su hijo con mayor resignación.

Thomas Westley, su padre, recién retirado del servicio activo con el grado de contralmirante, aún no se habituaba a la vida ociosa y, sobre todo, a estar alejado del mar; de ahí que saliese a navegar casi a diario en su pequeño velero. Florence, su esposa, que estaba acostumbrada a las largas ausencias durante los periodos que pasaba embarcado, se sentía feliz de tenerle en casa y toleraba que continuase con algunas de sus costumbres. Con todo, lo que más celebrara ella era que hubiese acabado la constante agonía que la embargaba al pensar que no regresaría. Y, pese a la pena por la pérdida de su hijo mayor, estaba agradecida de que la guerra no se hubiese llevado también a su esposo y a su segundo hijo.

Oliver, siguiendo los pasos de su padre, había elegido la carrera militar en la Marina Real. Debido a su valentía y pericia durante la guerra contra el Imperio francés —y a bastante suerte, opinaba él—, consiguió salir vivo de todas las batallas navales en las que había participado y logró ascender con rapidez, adquiriendo los galones de capitán y la dirección de un navío. Su hermano William se había decantado por el ejército y había servido en regimientos de caballería hasta que un sable francés acabó con su vida en el campo de batalla.

Tras unos minutos de espera, Oliver decidió bajar de la espaciosa berlina para comprobar la situación. Vio a dos hombres afanándose en retirar el carbón esparcido en la calzada e imaginó que en pocos minutos podrían reanudar la marcha.

Impaciente, se paseó por la acera con el fin de aliviar el creciente mal humor que arrastraba desde horas antes, y que no solo se debía a la falta de sueño, las pérdidas en el juego o a la

nociva bebida. El volver a ver a Justin, su compañero de armas, le había hecho reflexionar sobre su vida y en cómo encauzar su futuro.

A los once años, Justin y él habían entrado de guardiamarinas en su primer navío. Se habían apoyado mutuamente en aquel duro aprendizaje y habían forjado una buena amistad. El ascenso a teniente de ambos cuando contaban diecinueve años les había separado y sus destinos tomaron caminos diferentes, en especial cuando se recrudecieron las hostilidades con los franceses a partir de 1803. Habían coincidido en alguna ocasión, pero desde hacía ocho años Oliver no había sabido nada de Justin.

El impacto al volver a ver a su antiguo compañero había sido enorme. Justin había perdido una pierna y en el rostro mostraba grandes cicatrices a causa de la metralla. El joven alegre y risueño que recordaba se había convertido en un borracho amargado y solitario que no le veía sentido a la vida y deseaba que alguien se la quitara porque él no tenía valor para hacerlo por sí mismo.

Eso le había dado que pensar a Oliver. ¿Por qué Justin y no él? ¿Por qué le había favorecido la fortuna cuando tantos buenos hombres, como su hermano, habían muerto o se habían quedado inválidos? ¿Había sido suerte o no se había arriesgado lo suficiente en el cumplimiento de su deber? Y esas preguntas le llevaban a otra más importante: ¿se merecía continuar al servicio de su país o era hora de abandonarlo?

Oliver llevaba tiempo replanteándose su futuro. Tenía treinta y cuatro años y, aunque le gustaba su profesión, deseaba algo más. La vida del marino era muy solitaria y una familia no tenía cabida en ella, se repetía desde que ingresó en la armada. Había visto el ejemplo de sus padres y él no quería seguirlo. Deseaba compartir los días con su esposa y sus hijos, verlos crecer, disfrutar del calor de un hogar… No como su padre, que se había pasado la vida navegando, ausente, y a su madre con la incertidumbre de si volvería verlo o quedaría viuda y sus hijos huérfanos.

Decidió dejar de plantearse esas cuestiones hasta que tuviese el cerebro despejado de los efluvios del insano alcohol que había consumido y caminó unos pasos por la acera. Sin advertirlo, su mirada se vio atraída hacia una de las ventanas del primer piso de la casa que tenía delante. Las cortinas estaban descorridas y se veía luz en el interior. Lo que más le llamó la atención fue la mujer que, sentada en un sillón y con un libro en la mano, lo miraba con fijeza. Por la distancia, no podía ver su rostro con nitidez, si bien su mirada se quedó atrapada en la larga cabellera rojiza que, como un manto, le enmarcaba el pálido rostro y caía sobre sus hombros y su espalda.

Oliver sintió en ese momento la urgente necesidad de enterrar sus manos en aquella densa cascada de rizos que presumía cálida y sedosa.

«Estás más borracho de lo que quieres admitir», se dijo con fastidio, pero no dejó de mirar la sugestiva imagen que tenía ante él.

Cuando Emma abandonó la habitación, y ante la imposibilidad de volver a dormirse, Jocelyn aprovechó para continuar con la lectura del libro que había cogido de la biblioteca y que, para su sorpresa, le estaba resultando muy interesante.

Nunca había leído una novela sobre historias cotidianas y amores intensos a las que su hermana era tan aficionada. Estaba escrita por Jane Austen, una autora que había conseguido mucho éxito con sus obras y que había fallecido el verano anterior, para gran desdicha de Emma y sus muchos lectores. *Persuasión*, se llamaba la novela y, tanto la trama como los personajes, le parecían muy verosímiles. Ella solía leer tratados sobre zoología, botánica y obras de autores clásicos, las únicas que se podían encontrar en la biblioteca de su padre.

Jocelyn estaba enfrascada en la lectura de la novela hasta que escuchó el alboroto en la calle y sintió curiosidad. Sus ojos se posaron de inmediato en el hombre que bajaba del carruaje parado en media calle. Se recreó en su alta figura cubierta por un largo gabán mientras se paseaba delante de la casa. Cuando se paró debajo de un farol para mirar el reloj, pudo distinguir un rostro de rasgos angulosos y atractivos y la espesa cabellera oscura.

Al advertir que él la había descubierto observándolo, enrojeció y, como si la hubiesen pillado cometiendo una grave indiscreción, se levantó de un salto e intentó ocultarse detrás de la cortina, con tan mala fortuna que la sacó de los ganchos que la sujetaban y ambas cayeron al suelo con estrépito.

Mortificada por el bochornoso incidente, gateó hasta alejarse de la línea de visión desde la calle. Cuando trascurrieron unos minutos, y aún con el corazón acelerado, se atrevió a mirar de forma furtiva y vio que el hombre subía al carruaje y este se ponía en marcha de nuevo. Suspiró con desencanto y retiró el sillón de la ventana.

«Si fuese cierto que san Valentín posee el poder de obrar milagros, bien podía hacer uno y conseguirme el amor de un caballero como el que acaba de pasearse bajo mi ventana», se dijo; a lo que añadió con ese humor sarcástico heredado de su padre que siempre la acompañaba: «Y que, además, posea una finca cerca de Westbury».

3

—No necesito otros guantes, ya tengo unos y son suficientes —protestó Jocelyn.

—No son del tono adecuado. Estos armonizan con el color del vestido —insistió Emma; y dirigiéndose a la dependienta que las atendía—: Nos los llevamos; y el chal. —La mirada de advertencia que le dirigió a su hermana cortó de raíz la nueva protesta que estaba por escuchar.

Jocelyn contuvo el resoplido, tan típico en ella cuando algo le alteraba o desagradaba. Conocía bien a Emma y sabía que, cuando se empeñaba en algo, nadie la hacía desistir.

—¡Señora Fairchild; qué placer verla de nuevo!

Jocelyn y Emma se giraron al escuchar la voz a su espalda. Habían estado tan concentradas en la conversación que no repararon en los nuevos clientes que entraban en la tienda. Se trataba de una dama alta vestida con un sobrio traje en tono gris oscuro, tal vez por encontrarse en periodo de medio luto.

Era usual encontrarse en aquella ciudad, en la que se ubicaba una importante base naval y astilleros de la Marina Real, a mujeres con atuendos similares, una forma externa de manifestar el dolor por los familiares caídos en la guerra contra el Imperio galo que había acabado hacía menos de tres años con la derrota definitiva del emperador.

El rostro de la dama, de belleza clásica, apenas mostraba el paso del tiempo; no así su cabello, casi enteramente blanco, que llevaba peinado en un elegante recogido y coronado por un pequeño gorro adornado con crespón negro.

—Señora Westley, el placer es mío —dijo Emma al reconocer a la persona que la había interpelado—. Permítame que le presente a mi hermana, la señorita Jocelyn Hewett.

—Encantada, señorita Hewett. —dijo Florence.

Jocelyn parecía petrificada, mirando con fijeza al hombre situado varios pasos detrás de la dama y vestido con el uniforme azul oscuro con adornos dorados que solían llevar los oficiales de la Armada.

Ante la falta de reacción de Jocelyn, Emma emitió una tosecilla para llamar su atención.

—Señora… —dijo al fin Jocelyn con una leve inclinación.

Emma se dijo que tendría que recordarle a su hermana algunas normas de protocolo que parecía haber olvidado. No era propio de ella mostrarse tan atolondrada, hasta el punto de dar una impresión equivocada sobre su capacidad intelectual, ya que poseía una gran inteligencia y saber estar. Esperaba que esa falta de concentración no se debiese a una indisposición que le impidiera acudir al baile esa noche.

No era el caso. A Jocelyn le había impresionado la presencia del marino. Al principio no pudo afirmar que fuese el mismo hombre que había visto unas horas antes bajo su ventana. Al mirarle con detenimiento no le cupo duda, y esa coincidencia la desconcertó y olvidó dónde estaba.

Florence se giró y, con un gesto de la mano, indicó al oficial que se acercara.

—Mi hijo, el capitán Oliver Westley, cuyo barco permanece en puerto estos días para alegría de muchas familias.

El alto y apuesto marino, inclinó la cabeza en señal de saludo.

—Señora Fairchild, señorita Hewett…

Jocelyn y Emma saludaron de igual modo.

—¿Vive usted también en Portsmouth, señorita Hewett? —se interesó Florence.

En esta ocasión, Jocelyn no demoró la respuesta pese a que aún no había superado la fuerte impresión recibida. Que él la estuviese escrutando con la mirada tampoco le ayudaba a superar su inicial turbación.

—No, señora. Mi hogar está en Westbury, en el condado de Wiltshire. Solo he venido de visita a casa de mi hermana por unos días.

—No conozco Westbury, aunque imagino que será un agradable lugar para vivir. Creo que no está lejos de Bath, ciudad que he visitado en varias ocasiones y que siempre me cautiva; ¿la conoce, señorita Hewett?

—Así es, señora Westley. Bath está a pocas millas, en el condado de Somerset. La visito con frecuencia y coincido con usted en que es muy bonita —comentó Jocelyn, que había recuperado gran parte de su aplomo habitual.

Florence asintió. Le agradaba la señorita Hewett y no se le había escapado la impresión que su hijo había causado en ella. No le extrañaba. Oliver era un hombre atractivo, muy parecido a su padre, y con unos grandes valores que lo engrandecían como persona. Lástima que no mostrara ningún interés en formar una familia. No quería morirse sin verle felizmente casado y con hijos a los que ella pudiera amar. Y si abandonaba el servicio en la Marina, sería doble motivo de celebración.

—¿Asistirán al baile esta noche en el Royal Naval College? —indagó Florence. No estaría mal intentar un acercamiento entre ellos. Había observado que a Oliver no le era indiferente la joven. No era tan bella como su hermana, pero resultaba muy atractiva con aquellos rasgos singulares y su alta y atlética figura. Sin duda, la saludable vida en el campo era muy beneficiosa.

—Por supuesto. No deseo perdérmelo. Es uno de los mejores de la temporada; y mi hermana está muy ilusionada con ir. En Westbury no suelen celebrarse eventos tan magníficos; ¿no es así, Jocelyn?

—Estoy convencida de que rebasará mis expectativas —comentó con tono optimista y una sonrisa soñadora; confiaba en que ambos no hubiesen sonado falsos. Lo cierto era que no albergaba muchas esperanzas de que acabase siendo una agradable velada. Había consentido en ir por complacer a su hermana y a su cuñado, no por gusto.

Jonathan Fairchild, el esposo de Emma, era oficial médico de la Armada y ejercía en el Royal Hospital Haslar, en la cercana localidad de Gosport. Pese a que solía pasar varios días allí, para cubrir las guardias, Emma estaba feliz con el cambio que había supuesto su destino en tierra. Cuando era cirujano a bordo de un navío, pasaba meses embarcado sin posibilidad de verse. En esos periodos, ella aprovechaba para trasladarse a Westbury con su familia.

Emma y Jonathan se habían conocido seis años antes. Jonathan, que había sido herido en una pierna en una de las batallas libradas en alta mar, estaba pasando unos días de descanso en Cedar Ridge, la finca de unos parientes cercana a Westbury. En una visita a la ciudad coincidió con Emma en una velada musical en casa de unos conocidos comunes. Se sintieron atraídos mutuamente y, una vez recuperado de la lesión y antes de reincorporarse a su puesto, le pidió matrimonio. Emma, que se había enamorado del joven cirujano de carácter tranquilo y jovial rostro, no necesitó pensarlo y aceptó.

Tuvieron que esperar seis meses a que él regresara para poder casarse. Fueron meses de angustia para Emma, sabiendo que su amado podía perecer en alguna batalla contra los navíos franceses o los muchos peligros que acechaban en el mar.

Cuando al fin regresó, no demoraron la boda. Se instalaron en una casita alquilada en Portsmouth, el puerto de destino del navío en el que Jonathan servía. Tras la victoria sobre Napoleón y el fin de la guerra, pidió destino en el Royal Hospital Haslar. Se lo concedieron, para satisfacción de ambos, y sus días de marino acabaron. Solo les faltaba un hijo para completar la felicidad de la que disfrutaban. Aunque había cumplido veintisiete años, Emma no perdía la esperanza; aún le quedaban algunos más para concebir.

—En ese caso, confío en encontralas allí —dijo Florence.

Ambas hermanas se despidieron y se dirigieron a la puerta.

—¿Qué te ha parecido el capitán Westley? Es muy apuesto —comentó Emma con entusiasmo una vez en la calle.

—No me he fijado. Debe ser la falta de sueño, que me impide mostrarme todo lo atenta que debería —dijo con sutil ironía.

Jocelyn no tenía intención de decirle a su hermana que había reconocido en el capitán Westley al hombre que se había paseado bajo su ventana esa madrugada o alentaría su desbocado fanatismo en los milagros que san Valentín era capaz de hacer e insistiría en emparejarlos si él acudía al baile esa noche.

No le importaría, pensó Jocelyn, ya que se trataba de un hombre muy apuesto, pero no creía que él estuviese interesado en dedicarle un solo baile. Le había dado la impresión de que no deseaba compromisos. El típico marino que huía del matrimonio porque amaba el mar y su navío más que a otra cosa en el mundo.

—Lo siento, Jocelyn. Debí dejarte dormir algunas horas más y posponer las compras para esta tarde; aún nos daba tiempo y tú irías más descansada.

El tono compungido que empleó Emma le hizo saber a Jocelyn que no había captado el sarcasmo implícito en sus palabras; no obstante, le enterneció la preocupación de su hermana.

—No te preocupes. Dormiré un rato después del almuerzo y para el baile estaré más fresca que una rosa cubierta de rocío mañanero.

—Con unas gotas sería suficiente, ¿no querrás empapar el vestido? —apostilló Emma, devolviéndole la pulla.

Ambas rieron con ganas y, cogidas del brazo, se dirigieron al siguiente comercio.

Cuando las damas salieron, Florence se acercó a su hijo, que miraba por el gran escaparate de cristal la concurrida calle mientras ella hablaba con la dependienta.

—La señorita Hewett es una dama encantadora, ¿no te parece, Oliver?

—Apenas la hemos tratado para afirmarlo, madre —contestó con desgana.

Era un tema que no le preocupaba porque no esperaba volver a verla y tampoco quería alentar a su madre para que comenzara a forjarse ilusiones. Intuía su intención: quería verlo casado y con varios vástagos que ella pudiera consentir. A él no le importaría complacerla, mas no con cualquier dama que se le cruzase.

Que la señorita Hewett tuviese un llamativo aspecto, con su atractivo rostro y la alta y voluptuosa figura, no auguraba que poseyese el resto de requisitos que le gustaría que reuniera su futura esposa. Parecía vanidosa y algo simple, como la mayoría de las mujeres que solía encontrarse y que solo pretendían conseguir un esposo que las mantuviera, eclipsando con esa trivial personalidad su lindo exterior. Él no deseaba ligar su futuro a una mujer así, con la que solo le uniría los hijos que engendrasen.

4

Jocelyn estaba impresionada muy a su pesar. Nunca había asistido a un baile en un edificio tan majestuoso como aquel. Los escasos eventos de ese tipo a los que había acudido en Westbury no tenían punto de comparación. Solían ser verbenas en la plaza del mercado cuando el tiempo lo permitía, por lo general en verano, o en el reducido salón del ayuntamiento para conmemorar alguna festividad. Incluso en una ocasión, que asistió a un baile en Salisbury, el entorno no era tan fastuoso.

Emma le había comentado que ese baile era uno de los más importantes que se celebraban en Portsmouth, al que acudían la mayoría de los oficiales que no se encontraban navegando en esas fechas y personas relevantes de la ciudad. Por tratarse de una base naval, en la que gran parte de sus habitantes se pasaba la mitad del año fuera de su hogar, no existía una temporada social como ocurría en Londres y otras ciudades y tenían que aprovechar fiestas señaladas como aquella para celebrar reuniones donde las jóvenes casaderas tuvieran la oportunidad de conseguir propuestas matrimoniales.

Emma había asistido los tres años anteriores, desde que Jonathan comenzó su servicio en el hospital, y siempre le había parecido un acontecimiento entretenido. Las damas solían acudir engalanadas con los mejores vestidos y luciendo un exceso de joyas, los oficiales aprovechaban para vestir los uniformes de gala y lucían orgullosos sus condecoraciones prendidas en el pecho, y hasta los invitados mostraban sus atuendos más elegantes, con sobrias levitas y coloridos chalecos.

Jocelyn estaba muy favorecida con su elegante atuendo, algo que no dejaba de reconocer y que agradecía a su hermana. Emma se había empeñado en que estrenara un vestido y lo había encargado a su modista de confianza. De un bello tono verde esmeralda, con mangas cortas y bajo escote, que hacía destacar su generoso busto, y primorosos bordados que aportaban un toque de elegancia y feminidad.

El color hacía destacar la cabellera cobriza, peinada con habilidad por Mary en una profusión de rizos que le llegaban hasta los hombros. Un chal de fina gasa en tono crema y los largos guantes a juego completaban el atuendo. Emma también le había prestado un delicado collar de pequeñas perlas y unos pendientes de oro, que su esposo le regaló por el quinto aniversario de boda.

Que Jocelyn lucía espléndida era un hecho, y lo corroboraba la cantidad de caballeros, tanto militares como civiles, que le habían solicitado un baile. La joven destacaba por su altura y su rostro de rasgos exóticos, aparte de por su desenvoltura y naturalidad. Emma estaba encantada con el éxito que estaba teniendo y predecía más de una solicitud de cortejo.

Oliver no estaba contento. Había sido arrastrado a aquel evento en contra de su voluntad, pero no podía permitir que su madre fuera sola. Su padre, como era habitual, había preferido salir a navegar en el velero a quedarse en tierra acompañando a su esposa.

Y allí estaba él, de bastante mal humor, cosa que se reflejaba en su ceño fruncido y la mirada hosca con la que ojeó brevemente el horizonte de cabelleras femeninas adornadas con plumas y cabezas masculinas cubiertas —las menos— con pelucas o con los cabellos ensortijados y brillantes de grasa que abarrotaban el salón de baile antes de que su madre, a la que había dejado charlando con unos conocidos, apareciese para recordarle que había muchas damas deseosas de aceptar una invitación a bailar o, al menos, a ofrecerles algún refrigerio como si ellas fueran incapaces de procurárselo por sí mismas.

A Oliver le gustaba bailar, lo que no estaba dispuesto era a soportar las conversaciones insulsas de las jovencitas casaderas y los empujones y codazos inevitables en una estancia tan repleta de gente como aquella.

Era consciente de que debería buscar esposa si quería que su apellido se perpetuase, aunque no creía que la mujer con la que se decidiese a dar el paso que lo apartaría de la condición de soltero se encontrase entre la nutrida concurrencia a aquel baile. Además, antes de decidirse a formalizar un compromiso tenía que dar el cambio a su vida que se estaba planteando.

No era justo someter a su esposa al triste destino que había llevado su madre. Quería abandonar la vida de marino y establecerse en tierra, tal vez comprar una finca y dedicarse a cultivar sus propias tierras o a la cría de animales, y comprendía que pocas damas aceptarían una vida tan anodina como aquella; y si alguna aceptaba, le haría la vida imposible con insufribles quejas.

Antes de verse en un compromiso, decidió refugiarse en una de las salas de juego. Allí no tendría que aguantar a insulsas aspirantes a esposas que solo sabían hablar del tiempo o de la melodiosa música que la orquesta interpretaba; o, peor aún, las charlas de las madres o tutoras, que insistirían en detallar todas las virtudes de sus incomparables pupilas.

—Ya pensaba que no te vería por aquí esta noche, Westley —dijo una voz conocida en cuanto traspasó las dobles puertas de la gran sala biblioteca y sala de juegos de aquel imponente edificio en el que se formaban los jóvenes oficiales de la Armada Real.

—Tampoco me hubiera perdido gran cosa, Thornton. Veo que el ambiente continúa igual que en años anteriores.

—Así es: tiernas sirenas con ganas de pescar marido, avezadas matronas con más ganas de que lo hagan e incautos oficiales que no han aprendido a sortear los escollos sin un faro que los avise del peligro que corren al acercarse a la costa. Una situación difícil para quien se aventure a zambullirse en ese mar traicionero que es el salón de baile. A los veteranos como nosotros solo nos queda refugiarnos en las salas de juego o escabullirnos al jardín para encontrar un lugar sin marejada.

Oliver sonrió para sí. Niall Thornton era muy dado a emplear metáforas marinas en todas las conversaciones que mantenía. Capitán de navío como él, y avezado oficial que había destacado por su valentía en varias batallas contra los barcos franceses, permanecía soltero y feliz, según parecía, a sus más de treinta y cinco años; algo inexplicable para Oliver ya que era un hombre apuesto y de trato agradable. Imaginaba que alguna mala experiencia lo había llevado a desengañarse de las relaciones de pareja.

—No obstante, me han comentado que este año se ha colado en el salón un lozano viento del norte que refresca el ambiente, lo que es de agradecer. Si te decides a comprobarlo, tendrás que ponerte a la cola de los muchos intrépidos marinos que han decidido desplegar las velas para que sople a su favor—continuó Niall con su acostumbrada jerga marinera.

Oliver dedujo que se trataba de una debutante que estaba causando sensación. Por muchas virtudes que tuviera dicho prodigio, decidió que no iba a arriesgarse a navegar en esas aguas, como Thornton le sugería. Él huía de las jóvenes con tanto éxito; solían ser engreídas y veleidosas.

—Creo que saldré a disfrutar del jardín, ya que las mesas de juego están ocupadas —resolvió Oliver. No le apetecía, pero en algo tenía que emplear el tiempo hasta que su madre decidiese que era hora de marcharse. Tenía pocas ocasiones de acudir a eventos de ese tipo, que tanto le agradaban, y no quería privarla de esa diversión.

—Te acompañaría con gusto si no me hubiera comprometido con Lutton. Se marcha en unos

minutos y me cederá su lugar. A ver si el viento de bonanza sopla esta noche a mi favor —indicó, curvando su boca en un amago de sonrisa.

Oliver salió de la biblioteca y se acercó al bufé para agenciarse una copa de buen brandy con el que endulzar la garganta. Antes de encaminarse a los ventanales que daban acceso al jardín, echó un vistazo al gran salón. En un rincón observó un grupo de caballeros, entre oficiales y civiles, que rodeaban a una dama sentada en una de las incómodas sillas pegadas a la pared. Por la distancia, no pudo distinguir el rostro de la honrada con tanta atención, solo su cabeza coronada por rizos cobrizos, que destacaba en contraste con el llamativo vestido en tono esmeralda, y a la mente le vino la imagen de una dama asomada a la ventana, de rojo cabello que brillaba encendido bajo las luces de la habitación y había perturbado su corto descanso con tórridas ensoñaciones.

Al cabo de una hora sin abandonar el salón de baile, Jocelyn se sentía sofocada y no solo por el calor que hacía en el atestado recinto y el aire viciado por el humo que desprendían las numerosas velas que lo iluminaban.

Había bailado casi todas las piezas, la mayoría con oficiales que le habían detallado sus proezas en batalla o sus aventuras en mares lejanos, había tomado varios refrigerios que sus atentos admiradores se empeñaban en obsequiarle, había sonreído hasta que las mandíbulas comenzaron a dolerle, y apenas había pronunciado más de dos frases seguidas, como su hermana insistía en que hiciera.

Según Emma, una dama bien educada se limitaba a escuchar a su acompañante y, si era necesario, comentar sobre el tiempo, el último libro que había leído o recitar con gracia algún poema corto que mostrara su sensibilidad y refinamiento. Como ese no era el caso de Jocelyn, ya que sus lecturas favoritas versaban sobre la cría y enfermedades de los animales de granja, se había limitado a escuchar las gestas de su acompañante de turno, probablemente inventadas la mayoría, y haciendo un gran esfuerzo para disimular el tedio que le provocaban.

Decidió que necesitaba unos minutos de soledad y, aprovechando que su hermana no se encontraba en las inmediaciones para detenerla, se excusó con los varios caballeros que le solicitaban el próximo baile y buscó la salida a los jardines. Necesitaba respirar aire fresco que le aportase el necesario sosiego para soportar el tiempo que Emma creyese conveniente antes de regresar a casa.

5

Oliver había conseguido su propósito. Tras un corto paseo por los jardines que circundaban el regio edificio, se había apostado junto a la alta valla que limitaba la parte posterior del recinto, a pocos metros de las caballerizas. Allí, semioculto por un arbusto de acebo y donde apenas llegaban los sonidos de la música, descansaba mientras degustaba el exquisito brandy.

La noche era bastante cálida para las fechas en las que estaban, en pleno invierno. Si fuera un romántico diría que san Valentín había querido favorecer, templando el clima, a las parejas que se adentraban en los extensos jardines que cubrían la parte delantera; como no lo era, lo achacaba a una calma que, por lo general, presagiaba días de tormentas y bajas temperaturas, como era usual en el mes de febrero.

El cielo, despejado de nubes, dejaba contemplar la abundancia de estrellas que lo plagaban. Sintió un ramalazo de añoranza. ¿Cuántas noches había contemplado el firmamento estrellado desde la cubierta de un navío?; demasiadas, consideraba.

Siguiendo la tradición familiar, había ingresado en la Marina como guardiamarina a la edad de once años. Que lo hubiese hecho en el barco en el que su padre era comodoro no le supuso una mejora en las condiciones o un trato especial. Al contrario, Thomas Westley era un militar estricto y un hombre de honor y quiso dar ejemplo con su hijo.

Fueron años duros, que forjaron en él un carácter serio y disciplinado y le prepararon para lo que habría de venir: la guerra para frenar la desmedida ambición de Bonaparte.

Pero el derrotado emperador francés llevaba casi tres años en Santa Elena, una remota isla en medio del océano Atlántico a muchas millas de las costas africanas, y su amenaza había desaparecido; era hora de dar otro rumbo a su vida, y ese rumbo debía tomarlo alejado del mar. Así se lo comunicaría a sus padres y a sus superiores antes de embarcarse en la última travesía.

Animado por esa firme resolución, Oliver apuró la copa y se dispuso a regresar al salón con la esperanza de que su madre hubiese decidido que ya había disfrutado suficiente del evento y deseaba regresar a casa.

Unos pasos por el camino de grava lo detuvieron cuando iba a abandonar el improvisado refugio. Decidió dejar pasar a la persona que se acercaba, tal vez una pareja en busca de un lugar tranquilo, aunque en esa parte del jardín no había zonas con la suficiente intimidad para evitar ser observados por ojos ajenos.

Desde su lugar, y a la pálida luz de la luna, percibió un movimiento de telas en un color verde intenso que envolvía una alta figura de mujer. Caminaba sin prisas, como paseando, y tampoco parecía seguir un rumbo fijo. Oliver pensó que la dama iba a una cita clandestina y que era probable que se hubiese perdido. Si estuviese en un salón de juego apostaría a que se trataba de la dama que había visto de soslayo rodeada de acompañantes y, probablemente, a la que Thornton se había referido como «lozano viento del norte».

Aguijoneado por la curiosidad, salió de forma subrepticia de su escondite y la siguió a distancia. El trayecto fue corto, ya que en esa parte del recinto solo estaban las caballerizas. La dama llegó a la puerta y permaneció algunos segundos parada, mirando en todas direcciones; después, la abrió y entró.

A Oliver le extrañó que no hubiese ningún soldado de guardia y que la puerta estuviese abierta. El centinela debía de haberse ausentado por breve tiempo, coincidencia que ella aprovechó, a no ser que su cita fuese con el propio soldado. En cualquier caso, se trataba de una falta. El reglamento especificaba que el personal civil no tendría acceso a ningún tipo de instalaciones si no iba acompañado por un militar, y el reglamento estaba para cumplirse sin

excepciones.

El escrupuloso sentido del deber le impedía pasar por alto esa irregularidad, ni en el caso de que la mujer hubiese quedado con algún oficial y este estuviese esperando en el interior. Decidió averiguar qué ocurría y quién era esa persona para presentar una queja ante su superior.

Pero podía tratarse de algo diferente, razonó Oliver. No sería descabellado pensar que esa mujer pretendía recopilar información de las instalaciones y suministros. Apenas tres años antes estaban en guerra y los espías de ambos bandos se camuflaban entre los ciudadanos corrientes. Que aquel lugar, en el que solo había caballos, heno y herramientas de faena, albergase información poco relevante a su entender, no era el caso.

Llegó a la puerta de las caballerizas y la abrió con sigilo para no alertar a la mujer y a quien estuviese con ella. La larga construcción de madera estaba iluminada con varias lámparas. Los cubículos en los que se encontraban los caballos se situaban en el lado izquierdo y la mayoría estaban vacíos. El heno esparcido por el suelo amortiguaba las pisadas de sus botas. Quería sorprender a los intrusos y descubrir qué ocurría.

Cuando había recorrido la mitad, escuchó unas palabras en voz queda. Extremó las precauciones y, agudizando el oído, se acercó al cubil del que procedían los sonidos procurando permanecer en las sombras.

—¡Eres tan hermoso y fuerte!

Oliver sintió un cosquilleo de excitación al escuchar aquellas palabras pronunciadas por una voz femenina, cálida y sugerente, como una caricia. Se asomó, ya sin disimulo, para ver a la mujer que las había pronunciado y al afortunado al que iban dirigidas. Prefería delatar su presencia antes de que pasaran a una situación más íntima y comprometida para todos.

Jocelyn advirtió un movimiento a la puerta del cubículo donde se encontraba el potro de apenas dos años que había llamado su atención y, sorprendida, dio un involuntario respingo. El animal, asustado, alzó sus patas delanteras en actitud de defensa.

Jocelyn logró dominarle gracias a su pericia y no sin esfuerzo. Cuando lo consiguió, se encaró con el hombre con atuendo militar que la miraba con cara de asombro y que le resultaba muy familiar. Se trataba del capitán Westley, y esa era la tercera vez que lo veía aquel día.

Desechó la agradable impresión que le causaba el gallardo oficial y afloró el enojo que sentía.

—Es usted un insensato, capitán Westley. Estos animales son demasiado jóvenes y nerviosos para alterarlos de ese modo —lo increpó ella. Sujetó con firmeza la brida del potro mientras lo acariciaba para calmarle.

La sorpresa de Oliver había sido mayúscula. Lo menos que esperaba encontrar era a la mujer dedicando dulces palabras a un caballo. Y no solo por eso. Había reconocido en la atractiva dama que tenía delante, y a la que no parecía importarle mancharse el lujoso vestido con la suciedad del establo, a la señorita Hewett, con la que había coincidido esa misma mañana en una de las tiendas a las que acudió con su madre.

—Cierto, aunque usted tampoco peca de prudente al introducirse en un edificio reservado para personal militar, señorita Hewett —se defendió mirándola con precaución. Que fuese la cuñada del capitán Fairchild no la descartaba como posible espía.

—La puerta estaba abierta y no había nadie custodiándola. Si eso no es una invitación para entrar, ya me dirá qué más necesito —apostilló con sarcasmo, con el que intentó enmascarar el sobresalto que le había causado el ser descubierta en aquel lugar y, en especial, por aquel hombre.

—¿Y qué la ha traído a las caballerizas? —quiso saber Oliver. La última vez que la había visto estaba rodeada de obsequiosos caballeros que parecían mostrar mucho interés en no separarse de

su lado.

—Necesitaba apartarme durante unos minutos del bullicio para relajarme, y no se me ocurrió mejor lugar que este —respondió con franqueza.

Algo en el capitán, al que esa mañana había tachado de altanero en una deducción demasiado rápida al parecer, la movía a mostrarse sincera; probablemente porque intuía que él no tenía interés en cortejarla y no necesitaba impresionarlo con actitudes forzadas y palabras correctas, como había estado haciendo toda la noche con el resto de los caballeros que se le habían acercado.

A Oliver le desconcertaba la actitud de la señorita Hewett, impropia de una joven casadera. Debería estar en el salón de baile recibiendo la atención de sus muchos admiradores, como había comprobado. Si lo que deseaba era conseguir una propuesta matrimonial, ¿qué hacía en las cuadras, un lugar en el que acabaría ensuciándose el vestido? Y no le extrañaría que tuviera éxito. Era una joven que destacaba sobre las demás en muchos aspectos.

No podía negar que le agradó cuando se conocieron esa mañana. Poseía un rosto muy atrayente con los bonitos ojos color miel y la boca grande de labios generosos. En ese momento no pudo distinguir el color del cabello al llevarlo recogido bajo una capota de ala ancha, si bien lo imaginó castaño, a tenor del color de sus elegantes cejas.

—Sabia decisión, y apropiada. Veo que le gustan los caballos y que tiene buena mano con los potrillos. ¿Acaso posee un criadero en su finca? —indagó. Había comentado esa mañana que vivía en una zona rural de Wiltshire.

Ella soltó una carcajada y sus ojos brillaron divertidos, lo que provocó en Oliver un calor interno que fue creciendo en intensidad. Estaba muy bella y seductora incluso en aquel entorno, que no era el apropiado para destacar todo su atractivo.

—Nada de fincas, capitán. Mi familia no es acaudalada y nunca ha poseído tierras. Mi padre es veterinario y se gana la vida con su trabajo, atendiendo a los animales de las granjas de buena parte del condado. Yo lo he acompañado desde pequeña en muchas de sus visitas, de ahí que esté familiarizada con el temperamento de los caballos.

A Oliver le había llamado la atención el tono tostado de su piel y ahora entendía la razón. Era propio de personas que realizaban actividades al aire libre sin protección; algo poco habitual en las damas, que no salían a la calle sin ir bien provistas de sombrillas para cubrirse de los rayos del sol, como si estos tuvieran el poder de fulminarlas.

La señorita Hewett parecía diferente, con una inusual tendencia a la sinceridad y espontaneidad, lo que le agradaba. Un refrescante aire del norte, como la había definido su camarada con tanto acierto. Cuando esa mañana la comparó con su hermana, la amable señora Fairchild, pensó que era una persona fría y arrogante. Parecía que se había precipitado en sus suposiciones.

6

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz fuerte y en tono amenazante.

El sonido los sobresaltó a todos. El potro se movió nervioso y Jocelyn volvió a calmarlo con suaves palabras.

—Capitán Westley.

Un jovencito que apenas rebasaría los quince años, hizo acto de presencia y se cuadró ante su superior.

—Marinero Perkings a sus órdenes, señor.

—Y bien, marinero Perkings, ¿me puede explicar por qué no estaba en su puesto hace unos minutos?

El rostro de Perkings enrojeció de forma violenta. ¿Cómo explicar que había tenido la imperiosa necesidad de vaciar la vejiga?

—Sí, señor. Disculpe la ausencia, señor. El caso es que tenía que… Quiero decir que ha surgido una urgencia y no podía esperar a…

Oliver intuyó lo que le había ocurrido y no quiso continuar haciéndole pasar un mal rato. Él también había sido un marinero atolondrado que se ponía nervioso ante un superior cuando lo cogían en falta, y más si estaba una dama presente.

—Entendido. Espero que no se vuelva a repetir.

—Por supuesto, señor —dijo con manifiesto alivio. Ya se veía con una fuerte sanción o siendo expulsado por negligencia.

—Continúe con la guardia, marinero.

—¡A sus órdenes, señor!

Perkings salió y Oliver miró a Jocelyn, que acariciaba al bello ejemplar, ya calmado. Se quedó extasiado con el brillo de su mirada y la sonrisa de su voluptuosa boca que indicaban lo feliz que se sentía. Había conocido pocas mujeres a las que le gustaran los caballos; en realidad, había conocido a pocas mujeres, aparte de las de su familia. Se pasaba la vida en el mar, entre hombres, y su trato con las damas era muy limitado.

La señorita Hewett no era la típica damita casadera y por ello le resultaba tan atrayente. Lo que no comprendía era que, si parecía tan feliz con la vida que llevaba, estuviese buscando marido en un lugar como aquel, donde la mayoría eran marinos o burgueses dedicados a los negocios. Si se casaba con alguno de ellos, tendría que abandonar la vida en el campo y las actividades que realizaba y que tanto parecían complacerla.

¿Era a lo que aspiraba? ¿Se le estaban pasando los años y deseaba tener hijos antes de que fuera demasiado tarde? Sin duda, era mayor que la mayoría de debutantes que poblaban el salón de baile, si bien no creía que hubiese cumplido aún los veinticinco.

—Gracias por no inculparme, o me habrían llevado presa y encerrado en una mazmorra para el resto de mis días —bromeó Jocelyn.

Oliver no pudo evitar sonreír ante el sentido del humor y la desenvoltura de la joven.

—Aún no se ha librado de ello, señorita Hewett. Para convencerme de que no la delate, deberá concederme un deseo —comentó él con idéntico tono jocoso.

—Vaya, capitán; no esperaba que fuese un chantajista —se quejó Jocelyn con falso enojo y un punto de desazón.

Estaba convencida de que solo intentaba seguir con la broma, pero ¿y si no era así? Desechó esa idea. Lo tenía por un caballero que no iba a aprovechar su ventaja para reclamarle algo ilícito.

—No lo soy, solo pretendo solicitarle un poco de su tiempo, y no tengo otra arma con la que enfrentarme a los muchos admiradores que la rodeaban en el salón y que estarán esperando a que comparezca para reclamarle los bailes que les haya prometido y solicitarle visitas en los días venideros.

—Así es, y sería incorrecto incumplir mis promesas, capitán; debe entenderlo.

Era cierto. Jocelyn había recibido durante la noche varias peticiones de ese tipo y las había rechazado con elegancia pese a que algunos de los oficiales que las habían formulado le resultaron muy agradables. No tenía intención de hacerles perder el tiempo ni perderlo ella. No entraba entre sus proyectos inmediatos el comenzar un cortejo.

—Ni yo voy a consentir que lo haga y que la tachen de caprichosa. Lo que le pido es que acceda a pasear mañana conmigo, si aún no ha comprometido todas las horas; en cuyo caso, el día que le venga bien. Me gustaría continuar charlando sobre caballos, un tema en el que me lleva ventaja y del que tengo interés en aprender. —Esa no era la única razón, reconoció Oliver, lo que no iba a hacer era admitirlo ante ella.

Jocelyn respiró más aliviada. Había temido y deseado, para qué engañarse, que él le reclamase un beso. ¿Qué habría hecho en ese caso? No estaba segura de cuál habría sido su reacción.

—Nunca hubiera sospechado que le gustan los caballos, capitán. Podría entenderlo si fuera oficial de caballería; en un marino es algo inusitado. Estos animales tan temperamentales no tienen cabida en un barco.

—No lo crea, señorita Hewett. No es extraño que formen parte de la carga de un barco, todo depende de la misión que se le haya encomendado a ese navío y a su tripulación. En cuanto a este marino en concreto, tampoco es extraño ya que estoy pensando en dejar de serlo para convertirme en granjero.

A Jocelyn le sorprendió esa respuesta; lo tenía por un hombre de mar, de los que prefieren pisar las tablas de la cubierta de un barco a la hierba de los campos de cultivo; aunque, si llevaba tantos años navegando y deseaba formar una familia, le ocurriría como a Jonathan y estaría pensando en establecerse en tierra. Para su cuñado había sido fácil al ser médico; el capitán Westley tenía pocas opciones y la de agricultor era una de ellas, por mucho que le costase imaginarle en esa función. Era un hombre joven, valeroso, según las medallas que llevaba prendidas en el pecho, y parecía muy capaz. Con la orientación adecuada, podía aprender a llevar una finca y convertirse en hacendado.

—No tengo compromisos para mañana y estaré encantada de charlar con usted mientras paseamos; solo tiene que fijar la hora y el lugar del encuentro.

Si a Oliver le extrañó aquella oportunidad no lo manifestó y se felicitó por su buena suerte.

—Pasaría a recogerla a las diez de la mañana, si le parece bien.

—Me parece perfecto, capitán. La residencia Fairchild se encuentra en el 16 de High Street. Ahora debo regresar al salón y continuar cumpliendo con mi deber.

Oliver la vio marchar con un sentimiento de alegría e inquietud que hasta ese momento le era desconocido. Como no deseaba regresar al atestado salón y verse obligado a bailar con alguna joven, retrasó su regreso hasta que, trascurrida casi una hora, calculó que su madre ya estaría dispuesta a marcharse.

Al entrar sus ojos escudriñaron ansiosos en busca de la señorita Hewett. No la vio por ningún lado y eso lo desazonó. ¿Se había marchado o estaba en algún lugar más íntimo con alguno de sus adoradores? No quiso aceptar esa posibilidad y, para asegurarse, buscó en la sala de juego donde había visto por última vez al capitán Fairchild. No lo encontró allí y preguntó a Thornton, que continuaba en el mismo lugar.

—Fairchild se marchó hace un buen rato. Al parecer, su esposa estaba cansada y lo reclamó. No parecía muy contento porque el viento soplaba a su favor en la mesa de naipes. Pero ya sabes: donde hay patrón, no manda marinero —dijo con una media sonrisa irónica.

Oliver se sintió aliviado. Había temido que la señorita Hewett decidiera aceptar otra propuesta. Se despidió de Thornton, no sin antes prometerle que quedarían para charlar de los viejos tiempos y de las batallas compartidas, y fue a buscar a su madre. Se encontraba, junto a otras damas en una sala alejada del ruido. Se quedó junto a la puerta para no interrumpir la charla. Florence lo vio e, intuyendo qué deseaba, se despidió de sus contertulias y se reunió con él.

—¿Nos marchamos ya, madre, o te apetece permanecer un rato más? —preguntó Oliver con la esperanza de que optara por lo primero.

—Creo que es hora de marcharse —decidió, consciente de que ese era el deseo de su hijo. Sabía que no le agradaban los eventos tan multitudinarios y no estaría allí de haber podido evitarlo. Esperaba que no se enterase de la pequeña treta que habían urdido su esposo y ella para forzarle a acompañarla.

Ya en el carruaje, de camino a la residencia Westley, Florence preguntó con un ligero tono de reproche.

—¿Dónde has estado casi toda la noche, Oliver? Te he buscado en varias ocasiones.

—Departiendo con camaradas que hacía años que no veía y, un buen rato, en el jardín. Sabes que estos eventos bulliciosos me agobian más que un temporal en pleno océano. —Oliver sonrió para sí. Un rato con Thornton y ya se había contagiado de sus alegorías marineras.

—Lástima. Me habría gustado presentarte a un par de jovencitas, una de ellas la segunda hija del vicealmirante Ashbourne; toda una belleza. También estaba la señorita Hewett, que recordarás de esta mañana; y, como auguraba, ha tenido mucho éxito. Es una joven muy agradable y con muchas virtudes —insinuó mirando con fijeza a su hijo.

—En otra ocasión, madre. Aún permaneceré un tiempo en la ciudad antes de embarcarme de nuevo.

Oliver omitió que había hablado con Jocelyn. Aunque la joven le resultaba muy agradable, deseaba tratarla un poco más antes de que su madre se enterara o comenzaría a acosarlo con preguntas o, peor, a tejer una red que acabaría por atraparle.

Tampoco le había querido hablar de su intención de abandonar el servicio en la Armada y comprar una granja para explotarla personalmente; antes de ello tenía que estar convencido de que quería dar ese paso y, si era posible, hacerlo con una esposa que quisiese compartir esa aventura con él.

Si no le gustaba o no era capaz de habituarse a ese modo de vida, podría continuar con la profesión de marino, en esta ocasión en un navío de transporte civil. Un conocido de sus tiempos de guardiamarina tenía una empresa de transporte marítimo, pequeña en comparación con otras de la competencia, y que daba buenos beneficios. La última vez que se vieron le había ofrecido unirse a él en calidad de socio. No le disgustaría intentarlo en caso de que su aventura como hacendado resultara fallida.

7

A la mañana siguiente, a la hora indicada, Oliver se personó en la puerta de la residencia Fairchild. Mary, la sirvienta, se disponía a abrir cuando Jocelyn se le adelantó. No quería alertar a su hermana, que aún no se había levantado. La noche anterior, cuando regresó al salón de baile tras su paseo por el jardín y la visita a los establos, Emma no se encontraba bien y decidieron regresar a casa de inmediato.

Según su cuñado, debía de tratarse de un enfriamiento. La salida por la noche con el ligero atuendo que vestía para la época del año, solía ocasionar esos inconvenientes. Con reposo, reconstituyentes caldos calientes, caramelos de miel para suavizar la garganta y polvo de corteza de sauce para aliviar el dolor, pasaría en pocos días.

Jocelyn no le había hablado a su hermana de la cita con el capitán Westley porque insistiría en saludarle, y en esos momentos no le convenía el esfuerzo.

Oliver no esperaba que Jocelyn abriera la puerta y, menos, que estuviera preparada para partir.

—Cuando desee, podemos marcharnos, capitán —dijo ella. Salió y cerró la puerta.

Jocelyn estaba muy bonita. Llevaba un sencillo traje de lana en tono verde oscuro y un sombrero del mismo color que cubría sus cobrizos cabellos peinados en un moño bajo; atuendo muy diferente al de la noche anterior, y que de igual modo le favorecía. Unos guantes oscuros completaban el atuendo.

Oliver le dio el brazo, del que ella se asió, y caminaron el corto trayecto que cruzaba el pequeño jardín delantero hasta la calle, donde aguardaba un *tilbury* tirado por un caballo. Lo había alquilado en unos establos cercanos al pensar que le sería familiar. Ese tipo de carruajes, por su pequeño tamaño, bajo coste y ligereza, eran muy populares entre las clases medias y, en especial, en zonas rurales. Él, cuando estaba en la ciudad, solía utilizar la berlina de sus padres o montaba uno de los caballos.

Jocelyn se preguntó si habría reconocido la casa frente a la que había estado parado dos noches antes. Como no hizo ningún comentario, supuso que no era así. Las viviendas eran muy parecidas en esa zona, y de noche no se apreciaban con claridad las pocas diferencias.

Cuando llegaron, Oliver la ayudó a subir y, después, lo hizo él a su lado. El corto asiento ocasionaba que los cuerpos se rozaran, lo que causaba una interesante desazón en Jocelyn.

—¿Sabe conducirlo? —le preguntó Oliver antes de iniciar la marcha.

—Por supuesto. Tenemos uno con el que mi padre se desplaza para atender a los clientes. Yo lo utilizo cada vez que necesito viajar o cuando lo acompaño en alguna de sus visitas a las granjas.

—Le cedo el honor, entonces —ofreció, y le alargó la correa de cuero unida a la brida del caballo.

Ella lo miró con un atisbo de sorpresa.

—¿Está seguro de que desea correr ese riesgo, capitán? —dijo en tono guasón.

—Confío en su habilidad, señorita Hewett; al menos, ha conducido uno de estos en varias ocasiones, algo que yo no puedo decir. Esta es la primera vez que tomo las riendas —confesó, y ante el gesto de asombro de ella, soltó una carcajada—. No tema, sabría llevarlo si usted no se considera capaz. He comprobado que manejar un carruaje es sencillo. Se dirige mucho mejor que el timón de un barco en una tormenta; y le puedo asegurar que me he enfrentado a muchas de ellas, de las que he salido con éxito.

—No lo pongo en duda, aunque prefiero llevarlo yo. Usted indíqueme hacia dónde debemos ir. Apenas conozco la ciudad.

Jocelyn asió con una mano las riendas y con la otra la larga fusta con la que azuzó al caballo, que se puso en marcha con suavidad. Oliver le fue indicando el camino a seguir. Ella llevaba el carruaje con maestría, demostrando lo habituada que estaba y lo bien que conocía a los caballos. Atravesaron la ciudad hasta la parte este, donde la costa se convertía en una larga playa arenosa y desierta.

—Agárrese, capitán, vamos a divertirnos —dijo Jocelyn, al tiempo que azuzaba al caballo. Este comenzó a galopar con rapidez, tan feliz como la mujer que lo dirigía.

Oliver le hizo caso. El *tilbury* era un vehículo bastante inestable y, a esa velocidad, podían volcar. No obstante, le había asegurado que confiaba en su habilidad y no pensaba demostrar que sentía una inequívoca alarma.

La risa de Jocelyn era un acicate para sus sentidos, se introducía en su cuerpo para tocar fibras sensibles y alterarlo, pese a que la situación no era la idónea para sentir esa excitación. El verla disfrutar sin inhibiciones, sintiéndose libre y feliz, era un bello espectáculo que no se cansaría de contemplar.

Tras recorrer el largo tramo, Jocelyn puso al caballo al trote y miró a Oliver. Le sorprendió observar que parecía sereno, sin demostrar que había sentido miedo por la experiencia. No lo había dudado. Un marino acostumbrado a librar batallas en alta mar no iba a asustarse por una carrera en carruaje.

—Hay un pueblo de pescadores cerca. En la fonda cocinan de maravilla el pescado, siempre fresco. ¿Le apetece almorzar allí o desea regresar?

—No voy a rechazar esa tentadora invitación, capitán. La carrera me ha abierto el apetito —aceptó sin tapujos—. Y en esta ocasión, las riendas las llevará usted. Espero que esté a la altura —lo retó con humor.

—Me esforzaré, si bien dudo que pueda superar su demostración.

—Ni deseo que lo intente.

Una nueva carcajada de Jocelyn templó aún más el cuerpo de Oliver, que se apresuró a azuzar al caballo con la esperanza de que el fresco viento que soplaba del mar consiguiera disminuir su acaloramiento.

La taberna era poco más que una choza, aunque estaba limpia y el aroma que llegaba de los fogones a la vista era de lo más apetitoso. La mayoría de las mesas estaban ocupadas por lugareños y algunos visitantes que, como Oliver, conocían la calidad de la comida. Se sentaron en una de las mesas libres y esperaron a que la camarera llegara.

La joven rolliza y de sonrisa franca les atendió con amabilidad. Oliver, que conocía el lugar, pidió varios platos para que Jocelyn los probara. Si en algún momento pensó que ella iba a reusar permanecer en aquel lugar, nada sofisticado y en el que era la única mujer presente aparte de la camarera y la cocinera, se equivocaba. Jocelyn se mostró encantada, comió con apetito, alabó los diferentes platos y se acercó a felicitar a la cocinera. La mujer, halagada, le facilitó un par de recetas que Jocelyn prometió probar y le confesó algunos trucos que utilizaba en la elaboración de los platos.

Satisfechos con la comida y el agradable trato, regresaron a la ciudad por el mismo camino. En esta ocasión, Oliver tomó las riendas desde el primer momento y llevó al caballo a paso lento, para demorar al máximo la hora de despedirse de ella.

Durante el tiempo que duró el almuerzo, más de una hora, habían hablado animadamente sobre varios temas. Oliver le contó las vicisitudes vividas durante la guerra, le habló con entusiasmo de los maravillosos lugares que había visitado durante sus travesías por tierras lejanas, de las gentes, culturas y paisajes que había descubierto, de la pretensión de dejar la vida

de marino para asentarse y dedicarse a cultivar tierras o criar ganado…

Por su parte, Jocelyn le habló de su vida en Westbury, de la muerte de su madre siendo una niña y de cómo su hermana la había cuidado. De lo que le gustaban los animales y cómo se había convertido en ayudante de su padre. Le relató anécdotas que hicieron reír a Oliver y algunas situaciones tristes, cuando no habían podido salvar a alguno de los pacientes.

Mientras dirigía el *tilbury* con soltura por el largo camino de arena, Oliver observaba con disimulo a Jocelyn. Se había quitado el sombrero para que los tibios rayos del sol invernal acariciaran su rostro y la suave brisa del mar había soltado varios mechones de su cabello, jugando con ellos como si de alas de gaviota se trataran. Tenía las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes y una sonrisa en la boca que denotaba lo dichosa que se sentía por gozar de esas horas al aire libre.

Estaba tan bonita que sintió una rara y honda emoción, y él también sonrió. Se dijo que no le disgustaría tener a su lado a aquella singular mujer durante el resto de su vida y se preguntó cómo ya no estaba casada o, al menos, comprometida. Ella no había hecho ningún comentario sobre posibles rondadores y Oliver intuyó que no los tenía y que, como sospechó desde el primer momento, estaba allí para encontrar uno. Tenía que asegurarse antes de proponerle un cortejo formal.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Jocelyn? —se decidió Oliver cuando estaban entrando a la ciudad. Habían decidido prescindir de las formalidades y tratarse con más familiaridad; al fin y al cabo, después de contarse sus vidas, a ambos les parecía que se conocían desde niños.

—Claro. ¿Qué quiere saber?

—¿Le ha traído otra razón a la ciudad aparte del deseo de ver a su hermana y a su cuñado?

Jocelyn suspiró de forma audible. Imaginaba lo que estaba pensando y no deseaba engañarle; tampoco iba a contarle que otra de las razones era la necesidad de huir por un tiempo del acoso de Gilbert Drummond, con la esperanza de que encontrara otra candidata más dispuesta a casarse con él y ella pudiera regresar y continuar con su vida.

—El visitar a mi hermana, a la que llevaba seis meses sin ver, ha sido el principal motivo; además, mi padre insistió en que viniera para disfrutar de la actividad social de una gran ciudad. Está empeñado en que me relacione con personas de diferente círculo social al que frecuento en Westbury. Mi hermana coincide con esa opinión, aunque ella lo que ambiciona es encontrarme marido; algo que no comparto y menos entre los oficiales de la Marina Real.

Oliver la miró con expresión entre sorprendido y dolido y ella se apresuró a matizar sus palabras.

—No se ofenda. No tengo nada en contra de ese valeroso oficio, solo que, si acabo casándome con uno, tendré que abandonar mi hogar en el campo y olvidarme de hacer realidad mi sueño. Prefiero quedarme soltera a llevar una vida infeliz.

Oliver agradeció la franqueza con la que se expresaba, algo que resultaba tan inusual entre las damas casaderas como encontrar una sirena en el océano.

—¿Y cuál es ese sueño, Jocelyn?

Ella dudó. No quería quedar como una ilusa; sin embargo, algo le decía que él iba a entenderla.

—Me gustaría tener un criadero de caballos. Ya sé que es algo irrealizable porque no dispongo, ni llegaré a disponer nunca, de los medios necesarios para ello; pero los sueños no cuestan nada, ¿no cree?

—Tiene todo el derecho a soñar y a desear que esos sueños se cumplan. Nunca renuncie a ellos; ¿quién sabe si acabarán convirtiéndose en realidad? —comentó de forma enigmática.

Llegaron a la residencia Fairchild y Oliver detuvo el vehículo. La ayudó a bajar y la acompañó hasta la puerta.

—¿Le gustaría visitar el *Siroco*, el barco que tengo el honor de capitanear? —ofreció Oliver antes de despedirse.

—Me encantaría. Nunca he estado en un navío de esas dimensiones.

—En ese caso, y si no tiene ningún compromiso mañana, podría recogerla a la misma hora de hoy.

—Estaré esperándole —aceptó.

La sonrisa que Jocelyn le dedicó consiguió templar el corazón de Oliver de una forma que había creído imposible un día antes. ¿Se estaría enamorando?, pensó mientras conducía el *tilbury* de regreso a las caballerizas donde lo había alquilado. Si así era, no resultaba una sensación tormentosa, como imaginaba; al contrario, era de lo más placentera, reconoció con un gozoso suspiro.

8

Durante las dos semanas siguientes, las salidas se repitieron casi a diario. Emma no cabía en sí de gozo, sobre todo porque veía muy feliz a su hermana. Aunque Jocelyn no quería admitirlo e insistía en que solo eran amigos que disfrutaban de muchas aficiones e intereses en común, por el brillo ilusionado de su mirada y la sonrisa casi perenne, se advertía que el apuesto capitán Westley había conseguido robarle el corazón.

Por parte del marino, a Emma no le cabía duda de que acabaría ofreciéndole matrimonio. Estaba convencida de que él se contenía solo porque intuía que Jocelyn aún no había superado el rechazo que le provocaba abandonar a su padre y la vida que llevaba en Westbury, donde se dedicaba a tareas que la satisfacían, para trasladarse al lugar en el que su futuro esposo tuviese la residencia. Emma rogaba en silencio para que la ciudad elegida fuese Portsmouth, en la que vivían los padres del capitán, pero había otras bases de la Armada a las que podía ser destinado.

—¿Cómo te encuentras esta mañana, Emma? —preguntó Jocelyn cuando la vio entrar en el saloncito del desayuno.

En su tono de voz se detectaba una fuerte preocupación. En los últimos días, su hermana se había sentido indispuesta y ese malestar se mostraba en su rostro. Tanto Jonathan como la misma Emma lo achacaban al fuerte enfriamiento que había sufrido unas semanas antes, que le impedía respirar con normalidad y le provocaba una gran fatiga; Jocelyn se temía que pudiera ser algo más grave. El recuerdo de su madre, que había fallecido cuando contaba casi la misma edad que Emma, estaba muy presente.

—Hoy estoy bastante mejor. He logrado dormir varias horas esta noche. Los vapores de hoja de eucalipto y la infusión de menta me han ayudado. —Emma se esforzaba por parecer animada para no preocupar a su hermana ahora que la veía tan animosa.

—¡Qué buena noticia! —se alegró Jocelyn.

Emma se sentó a la mesa y comenzó a comer con apetito.

—¿No sales esta mañana? Me extraña que no estés arreglada aún —indagó Emma. El capitán llegaba puntual a las diez todos los días, y Jocelyn estaba preparada para partir; que esa mañana no lo estuviera, le extrañaba. No quiso ser agorera y pensar que el interés de Westley había decaído. Tal vez saldrían por la tarde.

—Oliver se ha marchado de la ciudad. Estará ausente unos días —respondió Jocelyn intentando aparentar una confianza que no sentía.

Emma detectó un tono de pesar en la respuesta de su hermana.

—¿Cuándo vuelve a embarcar?

—En unos quince días, me comentó.

—¿Y cuánto tiempo estará de travesía?

Jocelyn intuyó las razones de ese interés por los planes de Oliver. No pudo evitar que el mal humor aflorase y respondió con tono ácido:

—No lo sé, y tampoco es de mi interés.

Ante la mueca de pesar de Emma, Jocelyn recapacitó y quiso enmendar su exabrupto. Su hermana no se merecía que la tratara de ese modo. Solo se preocupaba por ella, como siempre había hecho.

—Disculpa; hoy no estoy del mejor talante. Debe de ser el tiempo tan gris y húmedo de esta ciudad. Echo de menos las planicies soleadas de Wiltshire y a padre —dijo en tono comedido.

Era una de las razones; no la única ni la más importante en esos momentos. Que se hubiese marchado sin comentarle el lugar al que iba ni la finalidad de ese viaje había sido un jarro de

agua fría para sus ilusiones; vanas ilusiones, por cierto, ya que él no había mostrado el menor interés en dar un paso más allá de la simple amistad que les unía. Oliver no le había dado ninguna explicación de esa partida, solo le había dicho que confiaba en que el resultado de su viaje fuera fructífero y que, de ser así, se lo explicaría.

Jocelyn entendía que no le debiera ninguna explicación. La familiaridad entre ambos había aumentado sin pasar de ahí. Era correcto en el trato y disfrutaban del tiempo que estaban juntos, aunque en ningún momento le había insinuado que ella le pareciese atractiva o que tuviese intención de que aquella relación amistosa fuese a algo más; y eso la descorazonaba porque ella sí sentía algo más que la simple camaradería que les había unido desde que se conocieron.

Tenía que disimular la fuerte excitación que él le provocaba. El deseo de sentir sus brazos rodeándola, de degustar el sabor de su boca y de entregarse a sus caricias, que intuía arrebatadoras, le causaba una gran desazón cuando estaba a su lado y, después, plagaba sus sueños de tórridas imágenes. Se sonrojaba cuando él la sorprendía mirándolo con embeleso y le costaba disimular su entusiasmo porque no percibía correspondencia en él.

¿Se había enamorado?, se preguntaba con frecuencia durante los últimos días. No podía afirmarlo porque nunca había experimentado esas sensaciones que la perturbaban y la mantenían en un estado de perenne euforia, de alegría intensa y de desazón; emociones que la asustaban por su intensidad.

Y no solo se debía a la atracción física que sentía por Oliver. Había descubierto en el valeroso capitán Westley a un hombre honesto y generoso, de fuertes principios que coincidían con los suyos. Era inteligente y tenía un punto de humor que la divertía. Poseía una gran cultura derivada de sus viajes y las lecturas, afición que había adquirido en los largos días de navegación, y otros muchos gustos comunes que habían ido descubriendo en esos días de paseos y largas charlas, como la vida tranquila alejada de las grandes ciudades, en un entorno saludable donde trabajar y crearse un futuro y, quizá, formar una familia…

Pero Oliver no parecía sentir nada especial por ella, lo que no era extraño porque no se trataba de una belleza deslumbrante ni poseía el rango social que sus padres requerían para que emparentara con su único hijo. Era consciente de que, cuando volviese a embarcar, se olvidaría de ella, por lo que lo único que le quedaba era contentarse con el tiempo que permanecieran juntos y atesorarlo para un futuro solitario.

Emma comprendió el estado de ánimo de su hermana y no insistió. No quería ahondar en la herida. Jocelyn se había enamorado del capitán, era obvio, si bien, y por su respuesta, él no lo estaba tanto como ella deseaba y no había llegado a insinuarle la posibilidad de un compromiso. Lástima, hacían una magnífica pareja y tenía la impresión de que habrían sido muy felices, aunque su hermana hubiese tenido que renunciar a sus sueños.

Los pensamientos de Oliver no se diferenciaban mucho de los de Jocelyn. En el interior del carruaje en el que viajaba, se preguntaba si estaba haciendo lo correcto o todo era una quimera forjada por unos sueños que, al final, resultarían fallidos.

Había dado el primer paso al comunicarle a sus padres la intención de abandonar el servicio en la Armada y comprar tierras para cultivarlas. Su padre no lo había entendido. No podía concebir que un hombre que había dedicado gran parte de su vida al mar quisiese pasar el resto alejado de él. Era como querer abandonar a una amante que te hace feliz con su presencia. Su madre, en cambio, lo celebró. Su mayor aspiración era que su hijo fuese feliz por el camino que decidiese recorrer. Y si ese camino lo alejaba de un peligro casi seguro, su dicha solo podía ser mayor si lo recorría junto a una mujer a la que amase y por la que fuese correspondido.

A Oliver le quedaba dar el segundo paso. Si este era fructífero, quedaría el tercero; el más

importante y arriesgado. No tenía ninguna garantía de éxito y, sin ese paso, nada de lo que había proyectado sería igual. Mas no desistiría hasta conseguir su objetivo. Nunca había retrocedido ante la adversidad y ahora, en la aventura más importante de su vida, no iba a ser menos.

9

Seis días después de la última visita, Oliver se presentó en la residencia Fairchild a las diez de la mañana, su hora habitual. Mary abrió la puerta, le hizo pasar al saloncito y se apresuró a avisar a Jocelyn que, junto a su hermana, estaba trabajando en el jardín trasero.

Eleonora tenía un pequeño huerto en Wiltshire que cuidaba con esmero y que proporcionaba verduras y algunas frutas para abastecer la cocina, con lo que ayudaba a la economía familiar. Cuando falleció, Emma se ocupó de él con bastante éxito hasta que se casó y se trasladó a Portsmouth. Jocelyn no había heredado esa habilidad y lo dejó en manos de la señora Grayling.

En un deseo de continuar con el legado de su madre, Emma había creado su propio huerto, más pequeño debido a las reducidas dimensiones que poseía el patio de la vivienda, y en el que cultivaba hierbas aromáticas y algunas verduras que utilizaba en las comidas que ella misma y la diestra Mary cocinaban. El cuidado de ese espacio, en el que se sentía más cerca de su madre, le procuraba una inmensa satisfacción.

—El capitán Westley espera en el saloncito, señorita Hewett —anunció Mary con tono apurado cuando llegó a la parte trasera de la casa.

Jocelyn sintió un vuelco en el estómago al escucharla. No esperaba a Oliver. Según le había comentado la última vez que se vieron, no regresaría en una semana. Que lo hubiese hecho antes le extrañó y la alarmó en cierta medida. ¿Habría tenido algún problema?

—Ve a arreglarte, Jocelyn, ese vestido está demasiado gastado. El capitán puede esperar unos minutos —le indicó su hermana con apremio.

El vestido no solo estaba gastado y era de un tono marrón poco favorecedor, pensaba Emma, también tenía algunas manchas de hierba y el ruedo aparecía cubierto de tierra. Además, al sencillo recogido que llevaba se le habían escapado varios mechones rebeldes que le daban una apariencia desaliñada, impropia de una dama.

—No es necesario. Oliver es un amigo y no va a dejar de serlo por llevar un atuendo poco vistoso. —Jocelyn estaba más preocupada por la visita inesperada de Oliver que por el aspecto que pudiera presentar.

—No digas tonterías. Pareces una labriega —protestó Emma con calor. Su hermana se había vuelto loca. Esa no era forma de recibir a una visita, y menos a un probable pretendiente.

—Una ocupación muy honrada —replicó.

Jocelyn se apresuró a lavarse las manos en una palangana y las secó con esmero.

—No es correcto presentarse así ante un invitado; ¿qué va a pensar? —insistió Emma.

—Que estaba trabajando en el jardín. Y no se equivocaría porque es lo que he estado haciendo. —Se quitó el delantal blanco que estaba cubierto de manchas y tierra y sacudió la falda del vestido para eliminar el polvo que la cubría.

Emma gimió. Jocelyn era tan tozuda como su padre. Solo esperaba que el capitán fuese comprensivo y no le desalentase su poca atractiva envoltura.

Jocelyn se dirigió al interior de la casa antes de que su hermana continuara con las protestas. Se detuvo en el vestíbulo unos segundos para serenarse. Había querido ocultar la inquietud que sentía para que Emma no advirtiera lo mucho que Oliver le importaba.

Sabía que se había hecho grandes ilusiones con él. Las visitas casi diarias habían fomentado la esperanza de que pronto formularía una propuesta de matrimonio. En alguna ocasión le había preguntado si lo había hecho y, aunque Jocelyn le aseguraba que no la esperaba y que, de hacerla, dudaría en aceptarla debido a la profesión de él, su hermana, que era muy intuitiva, sabía que no era cierto.

Se miró en el espejo del vestíbulo. Emma tenía razón: su aspecto era desastroso. Tampoco tenía necesidad de impresionarle porque a Oliver no le movía otro interés que el derivado de una buena amistad. Ese solía ser su atuendo de faena cuando, junto a su padre, atendía a los animales de las granjas, y nadie la había censurado por ello. Se recogió los cabellos como pudo y se quitó un poco de barro de la mejilla. Inspiró fuerte y abrió la puerta del saloncito.

Oliver estaba mirando por la ventana cuando ella entró. Jocelyn suspiró al verle. En esta ocasión había prescindido del uniforme y llevaba un traje de calle que la favorecía y se adaptaba de forma exquisita a su atlética figura, con levita y pantalón oscuros y un chaleco adamascado en tono burdeos.

—Oliver, me alegro de tu pronto regreso —dijo, y se acercó con una sonrisa acogedora no exenta de prevención. La familiaridad entre ellos era tal que habían prescindido del formalismo y se trataban como si se conocieran desde niños.

Él se giró y los ojos le destellaron con una emoción contenida al verla. Su cabello desordenado y el sencillo vestido no le restaban atractivo. Al contrario, estaba tan bonita en su sencillez que cortaba la respiración, si bien era su personalidad arrolladora, su fuerza y vitalidad lo que la hacían única y lo que a él le sedujo desde el primer momento.

—Y yo me alegro de encontrarte. Pensé que estarías de paseo con alguno de tus devotos admiradores. —Se acercó a ella y le cogió la mano para llevársela a los labios.

El humor que rezumaban sus palabras no lograba enmascarar la inquietud que bullía en su interior. Una de las razones que le habían movido a adelantar su regreso una vez que el tema que le movió a marcharse de la ciudad estuvo resuelto era el posible asedio de los pretendientes. Sabía que había recibido solicitud de visitas por parte de oficiales y de algún caballero de los muchos que había conocido en el baile el Día de San Valentín, y no quiso arriesgarse a que alguno de ellos le pidiera un compromiso y ella accediera.

Jocelyn sintió un inusitado calor al contacto de aquella boca y, sobre todo, ante la mirada acariciadora de aquellos ojos castaños que destellaban con un brillo cegador. Se sentó en el sofá que ocupaba el centro de la estancia y él lo hizo a su lado.

—No ha sido el caso. He dado largos paseos con mi hermana, que ya se encuentra repuesta de su leve enfriamiento y hemos visitado el hospital en el que Jonathan trabaja, un bonito edificio que, por desgracia, alberga mucho dolor entre sus muros.

Oliver sintió que la opresión en el pecho se aliviaba ante la certeza de que ella seguía libre de compromisos.

—¿Y cuándo regresas a Westbury?

Jocelyn no respondió de inmediato. Aún no había acordado la fecha pese a las ganas que tenía de ver a su padre. Estaba a gusto en Portsmouth, una ciudad pintoresca, y muy dichosa de compartir su tiempo con Emma y Jonathan, a los que tardaría meses en ver, pero una de las razones principales había sido esperar el regreso de Oliver. Necesitaba verlo de nuevo para atesorar ese recuerdo, tal vez el último. Si abandonaba la Marina, como le había comentado, se marcharía de Portsmouth y nunca volverían a verse.

—En unos días. Como te he comentado, mi hermana ya está recuperada y tengo ganas de ver a mi padre. —Llevaba más de un mes fuera de casa y, aunque sabía que su padre estaba bien atendido por Anne y la señora Grayling, la añoranza era grande. Ahora que había visto a Oliver, ya no deseaba demorar más su partida.

—Si estuvieras dispuesta a esperar una semana, te acompañaría. Mi carruaje es más cómodo que la diligencia.

Jocelyn estuvo tentada de aceptar. Sería muy gratificante realizar el viaje con él, pasar esas

horas en su compañía, disfrutar de su amena conversación, de su estimulante cercanía… Recapacitó. Pecaría de egoísta si aceptaba y era poco adecuado. Si fuera su prometido, cumpliría con el necesario decoro, siendo solo un conocido sería motivo de escándalo.

—Te agradezco el ofrecimiento, Oliver; sin embargo, he de rechazarlo. No puedo permitir que te tomes esas molestias. Además, he hecho ese trayecto en varias ocasiones y no es tan incómodo como parece.

—No sería ninguna molestia. Tengo que ir por aquella zona en cuanto resuelva unos asuntos aquí. Por cierto, tu padre me ha pedido que te diga que no tengas prisa en regresar.

—¿Has visto a mi padre? ¿Cuándo? ¿Dónde? —La expresión de asombro en el rostro de Jocelyn hizo reír a Oliver.

—Así es. Estos días he estado en Wiltshire y fui a visitarle.

—¿Por qué? —El asombro no la abandonaba.

—Bueno, consideré correcto pedirle permiso para cortejarte, y como me encontraba a pocas millas de Westbury…

—¿Qué… has dicho? —Jocelyn pensó que no había oído bien. Él no podía tener intención de cortejarla.

Oliver suspiró. Era hora de dejarse de rodeos. Como Thornton diría «quien no se arriesga, no pasa la mar». Le cogió las manos entre las suyas y la miró a los ojos.

—Jocelyn, ya sé que nos conocemos desde hace poco tiempo y te parecerá precipitado el ofrecimiento. Por mi parte no lo es, ya que me han bastado estos días para darme cuenta de que me gustaría pasar el resto de mi vida a tu lado. No voy a forzar una promesa de compromiso por tu parte porque quiero que lo consideres con detenimiento; mientras, déjame que te demuestre que puedo hacerte feliz. ¿Me harías el gran honor de considerar mi oferta?

Ella lo miró como si hubiese perdido la razón.

—¿Si en más de una ocasión dijiste que no querías atarte a un matrimonio?

—Así pensaba hasta que te conocí. Ahora, no solo estoy dispuesto; sé que nada me haría más feliz que casarme contigo y formar una familia. Pero como no quiero forzarte a tomar una decisión precipitada, he pensado que unos meses de cortejo serían…

Jocelyn no lo dejó terminar.

—¡Sí!

El cuerpo de Oliver se tensó de emoción ante aquella afirmación.

—¿Sí al cortejo o a la propuesta de matrimonio? —indagó con cautela.

—Sí a ambas —respondió Jocelyn con una gran sonrisa y los ojos húmedos de alegría. Se había cumplido el deseo que tanto ambicionó durante las últimas semanas.

Oliver no pudo contener el arrebato y la atrajo a sus brazos para besarla con ansia. El anhelo que ambos habían estado conteniendo se desató y la habitación se llenó de los melodiosos sonidos del amor.

10

Tras largos minutos de pasión compartida, Oliver rompió el abrazo y miró a Jocelyn con gesto serio.

—Tengo que confesarte algo y, confío en que no te haga cambiar de opinión.

Jocelyn pensó que nada ni nadie conseguiría que se arrepintiera de su decisión, aunque lo escuchó con interés.

Al ver que ella permanecía en silencio, Oliver continuó.

—Recordarás que te he comentado en varias ocasiones la intención de dejar la Armada y adquirir unas tierras de cultivo, y eso es lo que pienso hacer. ¿Te desagradaría convertirte en la esposa de un granjero y, si te parece bien, establecer en ella un criadero de caballos?

Jocelyn tuvo que contener las lágrimas de emoción que acudieron a sus ojos ante aquella revelación.

—Me habría casado contigo incluso sabiendo que me convertiría en la esposa de un marino que estaría meses ausente de su hogar, pero sabes que una granja y criar caballos es lo que siempre he deseado; y si eso conlleva trabajar juntos a diario, es una oferta que estaría loca si la rechazase —le aseguró.

Jocelyn le echó los brazos al cuello y lo besó con todo el amor que la colmaba. Cuando recobró el aliento, le preguntó:

—¿Estás seguro del paso que vas a dar, Oliver? No debes precipitarte. Es un gran cambio.

—Estoy muy seguro. He pasado suficientes años en el mar como para no desear continuar navegando. Ese cambio de vida me beneficiará, y a la familia que quiero crear. —Sabía que con Jocelyn a su lado, una mujer fuerte y decidida, cualquier iniciativa que emprendiera tendría éxito.

—¿Qué opinan tus padres? —quiso saber ella.

—Ellos solo quieren que sea feliz y confían en mi criterio. A mi padre le cuesta entenderlo más que a mi madre, que está encantada con mi decisión. Cuando le comunique que has aceptado ser mi esposa, su regocijo se multiplicará. Piensa que eres la adecuada para mí.

—¡Si no me conoce! Apenas intercambié con ella unas frases.

—No infravalores la habilidad de una madre con hijos casaderos. Tienen poderes especiales que les hacen detectar a las mejores candidatas.

—No lo pongo en duda —coincidió entre risas.

Oliver la miró con arrobo y el deseo lo traspasó con fuerza. Se le iba a hacer eterno el tiempo que tardase en formalizar el matrimonio.

—Hay algo más que debo confesar —anunció Oliver.

—Confío en que no se convierta en costumbre el facilitar la información con cuentagotas. La paciencia no es una de mis virtudes, te aviso —señaló ella con el humor que la caracterizaba.

—Bueno, creo que me podrás perdonar porque estoy convencido de que la noticia será de tu agrado.

Jocelyn lo miró con expectación y manifiesta cautela.

—Creo que te complacerá saber que en unos días seremos propietarios de una finca cerca de Bishopstrow, a unas seis millas de Westbury.

La impresión fue tan fuerte que Jocelyn se quedó sin habla y le costó unos segundos recuperarse.

—No puede ser verdad, Oliver; sería demasiado perfecto —logró decir. La emoción le atenazaba la garganta y humedecía sus ojos. Eran tantas alegrías en tan poco tiempo que le resultaba difícil procesarlas.

—Es cierto, y espero que te haga feliz esa decisión.

—Es mi gran sueño hecho realidad. —Lo miró con tanta adoración que él se sintió el hombre más feliz sobre la Tierra—. Explícame todo con detalle, por favor.

Oliver no se hizo de rogar. Estaba deseando compartir con ella todo el proceso.

—Cuando tomé la decisión de establecerme como hacendado, lo primero que pensé fue dónde me instalaría. Como era mi intención pedirte matrimonio, tenía que pensar en un lugar en el que fueras feliz, y no lo dudé. Me habías hablado con tanta ilusión de las verdes planicies de Wiltshire y del amor que sentías por aquellas tierras que no tuve dudas de que era allí, cerca de tu padre, donde querrías vivir. Decidí preguntarle a tu cuñado. Él tiene familia por aquella zona y le pedí que me ayudase a buscar una granja para comprar o arrendar cerca de Westbury. Se puso en contacto con sus familiares y ellos le respondieron en pocos días. Así me enteré de que sir Henry Everhart había decidido vender su finca para trasladarse a Londres.

—¿Pretendes decir que vas a comprar Everhart Manor? —Jocelyn no salía de su asombro.

Conocía la finca y a sir Henry, el propietario. Su padre y ella la habían visitado en ocasiones para tratar a las ovejas de su rebaño, cuya lana era apreciada en la región. También asistieron al entierro de lady Everhart, que había fallecido cuatro meses antes tras una larga y penosa enfermedad.

—Así es. La operación de compra está en manos de mi abogado —respondió Oliver con satisfacción.

—¿Su hijo está de acuerdo? —preguntó.

—Totalmente. No le gusta la vida en el campo. Prefiere las diversiones de la gran ciudad y los viajes a remotos países en busca de inspiración para sus libros. Sir Henry no quiere permanecer en esa propiedad una vez que su esposa no está con él. Le supone demasiado trabajo la supervisión de la finca pese a que es Timothy Bowden, el capataz, quien se ocupa del trabajo duro, según tengo entendido.

—El señor Bowden es un buen amigo de mi familia, un hombre honrado y muy trabajador.

—Eso me comentó tu padre cuando lo visité. Si no tienes inconveniente, creo que debería conservar su puesto.

—Por supuesto. Es una finca bastante grande y tú necesitarás mucha ayuda para gestionarla.

—Tiene diecinueve hectáreas, y una cuarta parte pertenece a la granja que Bowden tiene cedida a cambio de su trabajo; el resto son pastos para el rebaño. He estado allí estos últimos días y me ha entusiasmado el lugar. La tierra parece fértil y la casa es espaciosa y está muy bien cuidada; aunque tendrías libertad para cambiar todo lo que quisieras.

Jocelyn rio divertida y lo miró con picardía.

—Estoy cayendo en la cuenta de que es demasiado trabajo. Creo que voy a reconsiderar mi decisión de aceptar tu oferta de matrimonio.

—No puedes faltar a la palabra que ya me has dado; además, tu experiencia en esas cuestiones es la principal razón de que desee casarme contigo —replicó él en el mismo tono y con una de las mayores sonrisas que Jocelyn le había visto.

La carcajada de ambos traspasó las paredes de la sala, como el repiqueteo alegre de las campanas anunciando una boda.

La puerta se abrió y Emma entró en ella.

—Permitidme que sea la primera en felicitaros —dijo rebosante de felicidad. No se avergonzaba de admitir que había permanecido escuchando la mayor parte del tiempo, y tampoco de presentarse ante su futuro cuñado con un atuendo tan poco refinado. Era tanta la dicha que sentía que eclipsaba todo lo demás.

Emma se acercó a su hermana y ambas se fundieron en un estrecho abrazo.

—¿Para cuándo la boda, entonces? —preguntó Emma ansiosa.

Jocelyn y Oliver se miraron. No habían hablado de ello, si bien ambos deseaban que fuera lo antes posible.

—La fecha debe fijarla Jocelyn. Confío en tener resuelto el tema de la compra de la propiedad en una semana. Cuando sir Henry desaloje la residencia y las reformas estén concluidas, me instalaré en ella; para entonces, me gustaría que me acompañara mi esposa.

Oliver miró a su prometida y un brillo revelador destelló en sus ojos. Confiaba en no tener que esperar mucho tiempo o se consumiría de impaciencia.

Jocelyn sintió que se acaloraba. Deseaba disfrutar de los placeres que apenas había saboreado y que su mirada prometía.

—Entonces no debemos perder tiempo. Hay mucho trabajo que hacer; pero antes, ¿puedes explicarme qué papel ha representado mi marido en este asunto? —pidió Emma a Oliver con el ceño fruncido en señal de enojo, y se prometió que, de no quedar satisfecha con la explicación que le diera, se las vería con Jonathan. Le iba a costar perdonarle que la hubiese mantenido al margen de aquella trama.

Epílogo

Cuatro meses después.

La boda de Jocelyn y Oliver se celebró un soleado domingo de finales de junio.

Tras de la ceremonia, oficiada en la iglesia de Todos los Santos en Westbury, los novios y los invitados, la mayoría personas de la ciudad y de la comarca que conocían y apreciaban a Jocelyn, se trasladaron a Westley House, nombre con el que habían bautizado a su nuevo hogar recién reformado.

Los jardines que rodeaban la hermosa mansión de tres pisos, de estilo flamenco y construida en ladrillo rojo con revestimientos de piedra, se engalanaron para la ocasión. Colocaron varias carpas en las que se situaron las mesas y algunas diversiones para los asistentes.

Jocelyn estaba muy bella, con un precioso vestido en satén turquesa que la favorecía y el brillante cabello recogido en grandes rizos, como le gustaba a su esposo. Oliver, que había abandonado el servicio activo en la Marina Real y estaba en la reserva, vistió el elegante uniforme de gala con las medallas obtenidas durante sus años de servicio prendidas en el pecho.

Florence estaba radiante al ver tan feliz a Oliver y, sobre todo, alejado de los peligros del mar; al igual que le sucedía a su esposo, aunque este pretendía disimularlo. No quería que su único hijo continuara padeciendo los rigores de la dura vida de marino y le ilusionaba el cambio tan radical que pensaba emprender. Sabía que tendría éxito en su empeño de ganadero y agricultor porque era un hombre capaz y tenía a su lado a una mujer inteligente y decidida.

Aparte de los contrayentes, los más felices en ese día eran Emma y su padre. Nathaniel Hewett rebosaba alegría. Su hija menor viviría a un corto trayecto de él y podría visitarla a diario; además, se iba a cumplir su gran anhelo de dedicar a su propio negocio los amplios conocimientos en el campo de la veterinaria que poseía. La finca adquirida a sir Henry Everhart era próspera y no dudaba de que les procuraría beneficios, en especial, si se dedicaban a la cría de caballos, el gran sueño de Jocelyn.

Por su parte, Emma tenía un doble motivo de júbilo. Se sentía exultate de felicidad por su hermana, y se adjudicaba gran parte de ese mérito. Estaba convencida de que sus esfuerzos habían dado resultado y que san Valentín, con su magia, le había conseguido un marido a Jocelyn. Y tenía otro poderoso motivo para esa enorme satisfacción que sentía: estaba embarazada y todo presagiaba que, en esta ocasión, llegaría a feliz término.

Transcurridas varias horas, con el sol ocultándose en el horizonte, los invitados se marcharon y solo quedó la familia, que permanecería allí por algunos días.

Oliver enlazó a su esposa por la cintura y acercó el rostro para susurrarle al oído.

—Creo que es hora de que subamos a nuestra habitación, querida. Debes de estar agotada con tantas emociones.

Jocelyn, que comprendía la intención de su esposo, se sonrojó. Ella también estaba deseando gozar de momentos de intimidad. No habían podido esperar a la boda para compartir la pasión que los dominaba y, una vez descubierta la dicha que podía obtener en los brazos de Oliver, no deseaba renunciar a ella.

—Cierto, necesito descansar —dijo con voz queda, y lo miró con un brillo seductor que hizo refulgir sus ojos dorados.

Y cogidos del brazo, se encaminaron hacia el interior de su hogar para disfrutar de su amor e ilusionados con el prometedor futuro que tenían por delante.

NOTA DE LA AUTORA

En el Día de San Valentín, que en la mayoría de países se celebra el 14 de febrero, se conmemora el amor en su sentido más amplio y la amistad.

No siempre fue así, al parecer, ya que sobre sus orígenes circulan muchas teorías. Hay quienes los remontan a una tradición pagana de la Antigua Roma, las Lupercales, unos festejos que solían celebrarse a mediados de febrero y en los que se ofrecían sacrificios al dios Luperco, protector de la fertilidad y los rebaños.

También hay controversia sobre el santo que ha dado nombre a esta festividad, instaurada como tal a finales del siglo V por el Papa Gelasio I, probablemente con la intención de eliminar las Lupercales.

Hay dos mártires de nombre Valentino que se lo disputan: un médico de Roma convertido en sacerdote que fue detenido y ejecutado un 14 de febrero del año 273 por no querer renunciar al cristianismo y casar a soldados del ejército romano, una práctica que el emperador Claudio II había prohibido. El otro Valentino es un obispo de Iteramna (hoy Terni), ejecutado en la misma fecha unos años después por ayudar a escapar a prisioneros cristianos de las cárceles.

El origen romántico que se le atribuye al Día de San Valentín provienen de Inglaterra. La primera asociación real de esa festividad aparece en el poema de Geoffrey Chaucer, *Parlement of Foules*, 1382 y dice: «Esto fue el Día de San Valentín, cuando todos los pájaros vienen allí a elegir a su pareja».

En la obra *Hamlet* (1600-1601), de William Shakespeare, el autor hace referencia tanto al Día de San Valentín como a la frase «ser tu Valentín», lo que demuestra que ese día ya estaba establecido en la cultura británica.

Durante la Edad Media y hasta bien entrado el siglo XVII la costumbre entre los enamorados era la de intercambiar obsequios; costumbre que fue paulatinamente sustituida por la de regalar tarjetas impresas a las que se le añadían versos o frases dedicadas a la persona amada. Estas tarjetas fueron muy populares a partir del XVIII y, sobre todo, durante el XIX.

Pero sobre el Día de San Valentín existen muchos relatos y en más de un lugar se adjudican el mérito de haberlo implantado, como es el caso de Escocia. Una leyenda cuenta que, en Edimburgo en el siglo XVI, una joven pareja fue separada por sus respectivos padres y, tras prohibirles verse, se juraron amor eterno. Como prueba de su amor, todas las noches la joven encendía una lámpara detrás de su ventana y su enamorado le correspondía con una piedra de color que colocaba al pie de la misma. Una fría noche de un 14 de febrero la lámpara se quedó sin luz sin que ella se percatara. El joven, al no ver el brillo en la obscuridad, esperó al pie de la ventana hasta que murió de frío. A partir de entonces, y en honor de esa pareja, se conmemoraba a los enamorados el 14 de febrero.

Algunos historiadores atribuyen la costumbre de enviar versos en el Día de San Valentín a Charles, duque de Orleans, capturado por los ingleses durante la Batalla de Agincourt en 1415. Ese día le enviaba a su esposa cartas de amor en forma de poemas desde su celda en la Torre de Londres.

Es en las Islas Británicas donde más repercusión han tenido, y aún tiene, las tradiciones —supersticiones para muchos— del Día de San Valentín. Aparte de las que cito en el texto, hay muchas más.

Una de las más populares era colocar los nombres de posibles candidatos en un frutero y, después, escoger solo un nombre. Mujeres y hombres se colocaban el papelito en forma de corazón con el nombre de su “Valentín o Valentina” en las mangas por una semana.

Otra tradición, para las mujeres, era tomar del tallo una manzana y girarla pensando en

nombres de hombres que les atrajeran. Cuando el tallo se rompía, el nombre que estaba en su mente en ese momento era su Valentín. También, y para las mujeres que querían casarse, acudían al bosque el Día de San Valentín a buscar pájaros. El primero que apareciera tenía diferentes significados relacionados con la personalidad, profesión o situación económica del futuro esposo; por ejemplo, si veían un gorrión se casarían con un granjero, si era una paloma su esposo sería un hombre bueno y pacífico, un jilguero representaba a un hombre rico…; en cambio, si se trataba de un pájaro carpintero, la desdichada permanecería soltera toda la vida.

Son muchas las tradiciones, costumbres, encantos, magias… que rodean a este popular santo en el día de su celebración, y en prácticamente todos los países se esté o no enamorado; porque no hay que olvidar que el 14 de febrero es el Día del Amor y la Amistad, sentimientos que van más allá del amor romántico.

Y como en todas mis novelas históricas, en esta también he introducidos hechos y ubicaciones reales para dar más verosimilitud a la trama.

La ciudad de Portsmouth —donde se desarrolla la historia de Oliver y Jocelyn— sigue siendo una de las más importantes bases navales y astilleros de la Marina Real británica.

El Royal Hospital Haslar en Gosport —lugar en el que trabaja Jonathan Fairchild— cerró sus puertas en 2009, pero durante sus 250 años de servicio fue uno de los principales hospitales navales de Gran Bretaña.

El Royal Naval College —donde se celebra el baile el Día de San Valentín al que Jocelyn y Oliver asisten— se fundó en 1733 y en 1837 cerró como centro de formación de oficiales de la Marina Real, pasando a ser una escuela de Arquitectura naval. En él, entre otros marinos ilustres, estudiaron dos hermanos de Jane Austen. Ambos llegaron a convertirse en almirantes.

También en esta historia he querido rendir un pequeño homenaje a Jane Austen y a sus obras, a las que recurro con frecuencia como fuente de documentación de la época. De todas sus novelas, *Persuasión* es mi favorita y, en cierta medida, ha inspirado esta novela corta ya que el capitán Frederick Wentworth, su protagonista masculino, es un marino retirado del servicio activo que desea pasar el resto de su vida en la tranquilidad del campo con su amada Anne Elliot.

BIOGRAFÍA Y OBRAS

Os cuento un poco sobre mí. Me llamo Fuensanta Vidal, nombre con el que he publicado algunos relatos cortos y poemas en libros colectivos y revistas, aunque mis obras más conocidas son las novelas románticas que publico con el seudónimo de Amber Lake.

Nací a orillas del Mar Menor, en la Región de Murcia (España), soy licenciada en Historia y diplomada en Magisterio, bibliotecaria, madre de tres hijos, lectora empedernida y gatoadicta, entre otras muchas cosas, porque la curiosidad por todo lo que me rodea es una de las características que definen mi personalidad.

Desde muy joven sentí el gusanillo de la escritura, que nunca me ha abandonado, pero escribía sin intención de publicar; hasta que hace unos veinte años me decidí a enviar uno de mis relatos a un concurso. Recibió un premio y eso me animó a escribir con regularidad y a presentar algunas de las novelas románticas que tenía escritas a las editoriales del género. En 2008 salió la primera y hasta ahora he publicado un total de diecinueve títulos. En 2018 mi novela *La máscara del traidor* resultó ganadora del VI Premio Internacional HQÑ, que convoca la editorial Harlequin Ibérica.

Gracias por darle una oportunidad a esta historia corta. Espero que hayas disfrutado con su lectura. Si es así, y te apetece, agradecería que dejaras una valoración en la plataforma donde la has adquirido y compartieras tu opinión en redes sociales, porque el aliento que impulsa a todo escritor viene de las opiniones de sus lectores.

Si deseas información sobre el resto de mis obras puedes visitar mi página de autor en Amazon.



También en mi página web:
https://amber-lake.blogspot.com
Y contactar conmigo a través de mi correo electrónico:
amber.lake@yahoo.es
O mis redes sociales:
https://www.facebook.com/amber.lake/
https://twitter.com/lake_amber
https://www.instagram.com/lake_amber/
https://www.pinterest.es/alake3958/
https://www.youtube.com/@amberlakewriter